

LA PRESIDENCIA.

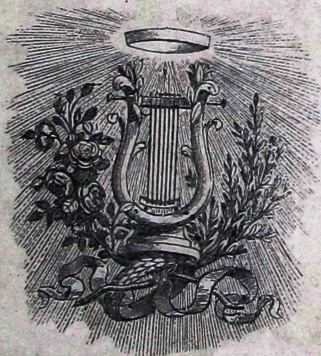
NOVELA
ESCRITA EN ALEMAN
POR

F. F. L.

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

FALUCHO.



ROSARIO.

Imprenta de E. Carrasco.

1868.



CAPITULO I.

LA ENTREVISTA.

Poco importa el lugar. Todas las plácidas regiones de América se parecen. Salvad los accidentes gigantescos ó caprichosos de la naturaleza, sus montañas, sus rios, sus desiertos; y por do quiera las verdes llanuras, los bosques frondosos, los arroyos de plata, los perfumes de una brisa ténue y los torrentes de luz de un sol brillante.

Poco importa al lector el sitio de la accion. Le importa la hora; porque lo llevamos á media noche, lo sacamos quizá de su cómodo lecho, donde sueña primores, ó duerme como un pavo, para cruzar la húmeda llanura, y pasarse en vela y en asecho entre los matorrales empapados con el rocío.

Es cosa entendida que el curioso lector ha cenado bien para resistir la cruda velada; y que si no ha prestado homenaje á la invasora trufa, al indigesto champignon y á esa coleccion de salsas de todos colores y de todos calibres inventadas por la depravacion estomacal de los ingleses, se las ha tenido de frente con un bien surtido puchero; por que no debe caber duda de que habitamos en la tierra dichosa del puchero.

Quien dice media noche, dice las doce. Oscura á ratos; clara á veces como el amanecer. Tinieblas ó claridad reflejan las nubes jugueteando sobre la luna, envolviéndola en su densidad, ó dejándola escapar para asirla de nuevo.

La naturaleza se divierte como los niños, olvidada de su senectud. La tierra provoca al Cielo como el inquieto lebre! manosea al leon, que al fin estalla con sus rujidos y lo destroza con el rayo de sus garras.

Pero esta diversion inocente nos ayuda. Entre los giros caprichosos de la celeste farsa se escapan con frecuencia los rayos de la luna y nos alumbra el campestre panorama.

Hermosa llanura! Llanura accidentada suavemente por verdes lomadas ó bajas colinas.

Una inmensidad infinita en los horizontes; un silencio majestuoso por todas partes, turbado á veces por el grito velador del *Chajá*, por el relincho animoso de los potros ó por el valido de los ganados que pueblan tan risueño campo.

Unos pasos mas: seguidme, y vereis que se distingue ya como una masa de nieve la mole de un suntuoso palacio. Poco á poco se destacan mas sus formas y se retratan mas claros sus detalles sobre el lienzo del firmamento extendido á su espalda.

Espléndida morada! La opulencia mora en su seno; la elegancia y el gusto la rodean.

Seguidme de mas cerca—vereis ahora distintas y esbeltas sus torres; graciosas y uniformes sus arcadas; majestuoso é imponente el conjunto sombreado por el oscuro ramaje de los bosques artificiales. Aquella claridad que oscila, que reverbera como el acero bruñido la luz que despiden los insectos luminosos;—aquel espejo donde flotan las imágenes aereas ó severas, es el lago primoroso, levantado del fondo á la superficie con palas de oro.

Esto es sublime!

¿Quién es el dichoso propietario de este paraíso encantado?

Esta es la mansion de un héroe del pasado, que lucha en vano por romper la valla de su destino—De un ser humano que mantiene en torno el brillo artificial que perdió su estrella en el firmamento. Es la casa de un hombre que ha jugado con la fortuna y con quien juegan entes vulgares—de un predestinado que erró su camino—de una

providencia mortal á quien retiró su favor la Providencia celeste.

Es. Pero hasta aqui, lector amado. No te extasies ante ese templo levantado á la suntuosidad por el génio de la vanidad humana. No te detengas ante ese coloso del orgullo—torna á tu lecho y descansa. Tú no puedes presenciar lo que en este sitio va á pasarse en breve. Duerme sobre la plácida almohada de tu tranquila conciencia : nos veremos luego.

El personaje que esto decia, se sentó con abandono á la orilla del lago como el hombre fatigado que necesita restaurar sus fuerzas para continuar el camino.

Solo y concentrado en su grave pensamiento, permanecia, inmóvil como un tronco, ó dormido como una marmota.

¿Y quién era este hombre que así cruzaba en medio de la noche el campo solitario? Aun lo envuelven las sombras del misterio ; y los embozos de su ancha capa nos esconden su rostro.

Hace una hora que permanece inmóvil. Ese tiempo hará mas ó menos á que dura su sueño. El curso de los astros nos señala las altas horas de la noche. Las estrellas han hecho mucho camino hácia el Ocaso. Las *tres Marias* comienzan á brillar desde allá abajo, y la luna se despiden para llevar á otro hemisferio el amparo de su blanda luz.

El personaje se incorpora y parece escuchar.

Con efecto, se oye el ruido de los pasos de alguna persona que se acerca. A poco andar se divisa el bulto de un hombre envuelto tambien en una capa.

El primer personaje se pone de pié ; el segundo avanza con mas firmeza, y ambos se encuentran como dos fantasmas sobre los bordes mas altos del lago.

El recién venido revela majestad en su porte ; el que esperaba muestra al parecer mas agilidad que elegancia en sus movimientos. Algo corpulento el uno, delgado y flexible el otro, ambos dejan adivinar en imperceptibles rasgos distinguida condicion.

—Estais ahí, general? dijo el recién llegado con afabilidad al que esperaba.

—Hace una hora que duermo, general, sobre mi capa de Marengo, y sueños de grandeza quedan ahí alimentando á los pescados de vuestro lago. He hecho la conquista de Rusia y ya iba concluyendo con el último cosaco.

—Las empresas en Rusia son siempre desgraciadas; respondió con tono jovial el mas corpulento. Si se trata de aplastar á los rusos de Córdoba no pensaré lo mismo. Para esos no necesitais sino un buen carcelero, un Ney armado con buenos cerrojos; pero el negocio no es tan fácil con los dueños de Cronsdat y de Malacoff.

—En ese caso cuento con vos para que me sostengais el Beresina!

—Pero no olvideis que el Beresina tiene los peligrosos desfiladeros de *Toledo* y de *Basualdo*!

Ambos personajes echáronse á reir con mas ó menos ingenuidad de las ficciones ó agudezas alusivas, de aparente trivialidad, con que es permitido iniciar siempre conferencias que tienen un fin grave.

Pero escusadme, General, de no haberos pedido perdon todavia del mal rato que habeis querido pasar. La culpa es vuestra que habeis propuesto la incógnita visita.

—Todo va de mi cuenta, General, que soy en efecto el iniciador de la aventura; y por el contrario, tengo que agradeceros doblemente la velada, porque me tengo dado en mis campañas á la ciencia de Ptolomeo de Copernico y de Newton. Me he hecho un poco astrónomo y estudio la region etérea en ese gran libro escrito con diamantes. Sin meter bulla me le he puesto á la par á Herschell: he descubierta una estrella. . . .!

—Será la de la victoria?

—No: la que le sigue de cerca en la constelacion de Plutarco—la de la inmortalidad!

Petrificate de una vez, iba á decir el interlocutor, ó lo dijo con el pensamiento; pero es el caso que exclamó con la ingenuidad de Maquiavelo—

—¡Habeis sido tan feliz en la tierra, que haceis relaciones con el cielo. . . . Bueno! Esto es lo que se llama prevision.

Y con estos y otros cambios de palabras galantes, los dos personajes íbanse dirijiendo lentamente y como al acaso hácia la rejía morada.

Ambos se daban con repetición sus respectivos títulos al dirigirse la palabra, y quien los hubiera escuchado á tales horas y en medio del campo, habria creído que el pasto brotaba generales.

Llegaron. El mismo silencio en el palacio que en el campo. El mas corpulento empujó una puerta que cedió al instante, y ambos entraron á una especie de peristilo sostenido con columnas graciosas, cuyos muros pintados al fresco representaban alegorias guerreras.

Siguieron sin detenerse, y entraron en una especie de saloncito de espera, donde no esperaron siu embargo; y en dos segundos se hallaban ya en el magnífico salon principal del suntuoso palacio.

No era deslumbrante su brillo; pero era elegante mas bien que espléndido su menaje: variados y lujosos sus adornos.

Para que describirlo. Es el salon de un personaje opulento, que sabe gastar sus millones y que tiene buen gusto.

El dueño de casa inspirando franqueza á su huesped, dejó caer su capa en un sillón, y se sentó con abandono en un diván.

—Etais en vuestra casa, General.....

El huesped permaneció de pié, pero conservando su capa sin embozo sobre los hombros.

Ahora se puede ver que es un hombre de cincuenta años, algo agoviado por su constitucion endeble, mas que por sus años; de aspecto concentrado y de indefinible expresion en su semblante. Ni simpático, ni antipático. Su cara parece mandada hacer mas que creada. Hecha con producciones mecánicas que tienen el mérito de una perfecta imitacion, pero que carece de la expresion y de la vida orgánica. Si este hombre se petrificara de pronto, seria una estatua á poca costa. Se puede decir de él lo que *Fígaro* dice de *Don Bártolo* cuando se queda estático —*sembra una es-ta-tua*.....!

Vestia el huesped sin esmero, pero con gusto, un traje

semi-militar, semi-paisano; y calzaba botas altas, algo empolvadas por el camino.

El otro personaje frisa por los setenta; pero eso si, es menester que lo traicione la parroquia en su fé de bautismo. Representa cincuenta años cuando mas; y en su agilidad, en la expresion de su semblante, en la superabundancia de vida que se revela en todo su ser, está mostrando que el tiempo y las fatigas de una existencia trabajada, no han podido doblar esa privilegiada combinacion de los temperamentos vilioso-sanguineos que escapa á todos los rigores y pesa como el plomo sobre todos sus allegados.

El personaje parece haber hecho honor á ese temperamento, compañero de los fuertes, porque tiene el aplomo que dá el hábito del mando, sin la ficcion de altivez de los que recién lo abordan.

Mientras bosquejamos de prisa al propietario del palacio, el huesped recién venido ha dado algunos paseos por el salon, con la cabeza baja, como mirando el pintado y muelle pavez. Derrepente jira sobre si mismo, y alzando un tanto su cabeza le dice al mas añciano.

—Era necesaria esta entrevista, General.

—Lo creo asi; y la deseaba tambien.

—Vamos al fondo; y no os sorprendais; voy á comenzar por el fin sin mas preámbulos: no os hagais Presidente, General.

—De buena gana os complaciera. Bien sabe Dios que no aspiro al puesto: pero venís tarde; si hubierais hablado momentos antes os complazco del todo. . . . pero la Patria! La Patria, General, me impone el sacrificio. Mis amigos me estrechan. Los pueblos me llaman, y me he decidido á cargar de nuevo con el peso de la República.

—No será con toda. . . .

—Aunque sea con la mitad. . . . asi seria mas liviana.

—Y sabeis lo que importa esa division? Sabeis que esa division es la guerra civil, el empobrecimiento, la ruina!

—Todo eso es el cortejo de la integridad. ¿Acaso la integridad duerme sobre colchones de rosas? Guerra civil, empobrecimiento y miseria es lo que está cosechando el pais, porque no habeis querido escucharme.

—Pero esa cosecha es el fruto de vuestra siembra. ¿Qué no os he escuchado? ¿Cuando he dado un paso sin vuestro asentimiento y sin vuestro apoyo aparente?

Hemos derribado una nacionalidad á pocos pasos de nosotros, y habeis cooperado activamente.

Hemos puesto *in extremis* otra nacionalidad tambien vecina, y habeis ayudado con vuestro voto y con algunos recursos.

Hemos necesitado arrancar la maleza en nuestra propia tierra, y la hemos segado juntos. Seamos ingénuos: no me pagais con igual moneda. He sido vuestro mejor amigo: quizá vuestro único amigo, y cuando vengo á pedir os que me abandoneis el baston renunciando vuestra candidatura, me lo negais.

—Entendámonos. . . . Es que no hay quien pueda llevar en adelante ese baston.

—Tengo el candidato.

—Es muy endeble.

—Pero es heredero de una gran política.

—Pero no es mi amigo.

—Qué! Es amigo de todo el mundo. En política no hay amigos ni enemigos; sino hombres que valen y que producen. Los demas son números cero que se borran si estorban ó se les arrea para que hagan bulto.

—Haceis justicia á la humanidad General, la habeis comprendido.

—Quiere decir, que os he estudiado; os he tomado por modelo. Pero en resúmen—¿Puedo contar con vuestra condescendencia? ¿Renunciáis la Presidencia?

—Os he asegurado que hago un sacrificio; pero no puedo desairar á la República. Os consta que no soy ambicioso, puesto que en días no lejanos os la regalé á vos. Pero. . . . que quereis; no habeis andado afortunado, y habeis despilfarrado el caudal.

No soy ambicioso, pero es preciso hacer algo por la tierra, estamos viejos y ella nos ha de cubrir pronto—¿Qué buscaria yo en la presidencia? Soy uno de los hombres mas ricos de América; creo que he hecho algo en mi vida, y que me quieren los pueblos—¿No es bastante?—Pero la

tierra es desgraciada y es menester salvarla.

Mordíase los lábios el delgado personaje, miraba de soslayo, se sentaba, se paraba agitado, y comprimiendo el pecho queria estallar.

Repentinamente, y como si hablase desde el otro mundo, ó hablase otro por él, puesto que la impasibilidad del rostro no interpretaba la agitacion del alma, repentinamente se incorporó, y con cierta solemnidad habló así—

—Me decis vuestra última palabra, General; esta bien! Pero debo ser franco, y voy á serlo porque tambien amo la tierra; y tambien quiero salvarla.

—¿Entregándola al favorito?

—Nó: quitándoosla á vos. Pero escuchadme un momento: no me interrumpais, os lo suplico. Si en dias no lejanos me resolví á tomar el mando, fué por salvar la patria, y porque vos mismo me empujasteis á esa resolucion. Estaba colocado en una disyuntiva; ó aceptaba vuestra decantada cooperacion ú os arrojaba de vuestra propia casa. Lo comprendisteis; y dándome un gaje que yo no os exijí, disteis un punta-pié al castillo de vuestros afanes y de vuestro poder. Me sacrificasteis, sin que nadie lo exigiese, vuestro patrimonio de ultratumba. Os desarmasteis para la historia, para vuestros enemigos y para vuestros amigos. Quedasteis desde entónces como un nombre, como una sombra; pero no como una significacion política. Os incita la ambicion, pero os detiene una fuerza misteriosa que nace de vuestro destino. Hicisteis como Tántalo, y sufris como Tántalo. Veis pasar como aquel las aguas cristalinas y os devora la sed implacable. Os debilita el hambre y no podeis gustar las pintadas y lozanas frutas del árbol que casi os toca con sus ramas. Corren los sucesos que vos mismo preparais, pero no cogéis el fruto; se suceden los hechos, los combates, los sacrificios de vuestros mismos parciales, y todo es estéril para vuestro propósito. En todo os mezclais, y nada reportais para vuestro bien. Un partido inmenso, poderoso, fuerte, os aclama, os ofrece, os ruega. Un partido potente viene todos los dias á saludaros para morir por vos, como los gladiadores del circo saludaban á César; y esa abnegacion en nada os aprove-

cha, y esa sangre es estéril. Ni podeis tener la complacencia del agradecimiento, porque teneis que negar á los mártires, como Pedro negò á su maestro. Todos os buscan; todos ocurren á esta fuente de inspiracion y de esperanza; vuestra casa está llena. A todos prometeis, á todos os prodigais, pero á ninguno cumplis. ¿Sabeis porqué? Por qué no podeis cumplir; porqué la fuerza de vuestro destino os ata al potro del fatalismo; y fatalismo llamo á los errores en política, que pocas veces tienen reparacion. No podeis cumplir os he dicho, no porque os falten los medios, la fuerza, los hombres y las riquezas; pero os faltais á vos mismo, porque vos mismo os sentís débil, porque os asusta la obra del porvenir, porque os desalienta el trabajo de restaurar desde el cimiento la obra que derribasteis con un soplo; porque nada os alienta para dejar vuestro palacio, vuestras costumbres sabrosas, vuestras dulzuras del hogar, y los encantos de una familia preciosa—Porque os falta la savia del alma y el amor de vuestra propia gloria. No conocéis el secreto de vivir despues de muerto, que es la vida de los héroes, y os conformais con que os dejen vivir unos dias á costa de vuestra patria. Teneis instintos de reaccion, vértigos de reparacion os asaltan, pero desfalleceis al momento, y matais en un instante las esperanzas que dejasteis concebir en otro instante.

General, creedme; vuestra mision política ha terminado; vuestros afanes son inútiles; no podeis con vos mismo, y solo podeis ya valer como auxiliar, como elemento, como apoyo, para fundar una obra duradera y quizá para consolidarla. Dadme ese apoyo, ese contingente que puede servir, pero que vos no podeis utilizar. Dádmele y nos salvamos todos.

—Pero yo os entregué una nacion constituida, replicó el opulento castellano ¿Qué habeis hecho de ella?

—Un pueblo bárbaro que no ha sabido comprenderme!

—Os entregué una nacion pacificada; un pueblo aleccionado en los sufrimientos, que habia aprendido á curarlos con el bálsamo de sus instituciones.

—Pero conspirasteis contra mi desde el dia siguiente, dijo el acartonado interlocutor, paseando una mirada que

levantó del suelo, por el rostro del otro personaje, que dejaba apercibir sus emociones en su expansivo semblante.

—Habeis declarado una guerra injusta y cruel.

—La declaré con vuestra adhesion.

—Os habeis ligado á la causa de las coronas.

—Tambien con vuestro aplauso.

—Os hice fuerte, poderoso, incommovible en una hora. Os entregué una berencia colosal en que ibais á cosechar la simiente que sembré yo: y os veo débil, sin poder, sin medios. Os veo pidiéndome las migajas de mi influencia, para alimentar la ambicion de un partido hambriento. . . .

—Entendisteis mal. Lo que os pido es la union de nuestras fuerzas para defendernos y triunfar del enemigo comun !

—¿Y cual reputais ese enemigo?

—Los descamisados, la demagogia, cuyo pendon es la anarquia.

—Ya tienen lo que merecen. . . . tienen un loco!

—Pero señaladme, general, el modo de entendernos. Precisa una forma.

—Es muy sencilla. Venid á nuestro partido: formad en él con vuestras huéstes; traednos las muchedumbres para dirijirlas á un fin grande y salvador.

—Encuentro el camino mas fácil. Venid con vuestros pocos amigos al lado de los mios y el negocio queda concluido.

Ambos suspendieron el diálogo, concentrándose en sus pensamientos ó en los cálculos que los preocupaban.

El uno se paseaba en el salon; el mas anciano se mantenía en su lujoso sillón, con sus piernas estiradas y sus manos juntas sobre el pecho. Evidentemente pensaban. ¿Pero que pensaban? ¿Discurrían la manera de engañarse en este juego que comenzaba con aparente franqueza, ó buscaban un recurso salvador para ambos?

Esta escena muda nos daba tiempo para pensar en el destino amargo de las naciones, que por su fatalidad dependen de los errores ó de las frágiles combinaciones de unos cuantos seres predestinados ó audaces. Pobres pueblos que han regalado su patrimonio; que se han desnuda-

do de su fuerza invencible, que han abdicado su pensamiento, su sufragio, su conciencia para dejarse arrastrar con una hebra de hilo por la mano de un hombre, aun que este hombre sea un génio, ó aunque este hombre sea un ciego.

Esta es por desgracia la historia de la humanidad, hasta que la sucesion de las pruebas rudas y tremendas, vienen á inspirar la reivindicacion del derecho de todos en un mismo dia y en una misma hora, y á levantar sobre el pedestal de la dignidad humana la conciencia serena é ilustrada de las naciones.

Héla ahí á Roma, la señora del universo postrada de hinojos ante el lecho pestilente de Sila, ó ante el mimado bridon de Calígula; pobre juguete ahora de dos ideas extremas que dilaceran la Italia, sin poder ajustar jamás el nudo de su estirpe, una vez que dejó perdida entre el polvo de la historia y bajo la planta opresora de los Césares la memoria justiciera de los Gracos.

Héla ahí á la heroína de Numancia, á la heredera de los potentados Alpinos, á la dueña de la Alemania, á la poseedora de Nápoles, á la dominadora del Nuevo Mundo, deshacerse como las flores con el viento, ante el hálito pútrido del absolutismo, ante el frenesí demoledor del fanatismo, y entre los brazos corruptores de crapulentas camarillas.

¿Y qué decis de esa martirizada Polonia, que como pobre viuda encadenada, llora y nos hace llorar sus faltas? ¿Es esa la Lhituania que sojuzga la barbarie en Rusia, que arrastra consigo á Hungría, que cuenta por suya á la Prusia; que se defiende á un tiempo de la espada Sarracena y pasea por Alemania el estandarte Slavo? No! Es la esclava de sus señores que se congregan á caballo para encorvar al yugo de su omnipotencia las mesnadas de hombres y de pueblos condenados al sacrificio. Es la huérfana de la libertad que forcejea impotente para vengar á su madre asesinada.

Pobres pueblos! que encerrais en vuestras entrañas cuanto hay de noble, de grande, de sublime y generoso, pero que no sois todavia pensadores. . . . Pobres pueblos, cuya

fuerza gigante se manifiesta en arranques formidables, pero que caeis exánimes en los parasismos de la indolencia, y os condenais al sueño de la muerte civil. Colosos menores de edad, que erijis falsos tutores de vuestro derecho y de vuestra suerte.!

Pisad de una vez, desventurados, en el último dintel de vuestro destino ; desplegad vuestra bandera enrollada y triste, para no arrearla mas: la bandera del derecho, de la fraternidad, de la igualdad, que es el credo del siglo: fíad en ella mas que en sus insaciables apóstoles, porque ella es el símbolo de vuestro corazón, de vuestra vida. Restregadla con los colores preciados que distinguen esa noble raza que ha consagrado para sí el dogma de la majestad del pueblo.

Qué no sería esta joven República, decimos; si la fuerza de iniciativa y estabilidad residiese en sus instituciones, en vez de esperarla de los antojadizos caprichos de un hombre! Cuál no sería la fuerza de un gran partido que forma por sí solo las nueve décimas partes de la población, que tiene consigo las armas, que tiene la moral de creencias profundas, si en vez de esperar la trémula voz de mando de sus caducos señores, si en vez de desangrarse en manifestaciones aisladas y sin alcance, se concertase un día para estallar unísono y formidable, retomando la dirección de su destino; sacudiendo el arbitrario tutelaje, é imponiendo el mando soberano de su carta!

Discurriamos así, cuando veíamos aquellos dos hombres, iguales á los demas, revestidos con el sacrificio de todos, jugando en una entrevista la suerte de todo un pueblo, disputándose como un patrimonio, regateándose, y próximos á jugar su destino en la carpeta verde con los dados de su intemperante ambición.

El mas flaco de los generales volvió de pronto á la carga con el tema de sus pretensiones, y como resuelto á terminar este récio pupilato de la codicia.

— Hemos agotado la materia general, y á nada hemos arribado. Es menester que nuestros dos campos queden fijados. O amigos ó enemigos! . . . O nos combatimos con todas nuestras fuerzas, ó nos ligamos de una vez. Si com-

batimos hay el peligro de que ambos quedemos vencidos por un tercero; si nos juntamos, vos sereis el poderoso, por que vos sereis quien sostengais el pedestal de un poder aparente. Será una alianza de la legalidad y del prestigio.

—Pero quién abona la lealtad de mis recientes amigos?

—Sus antecedentes, su honor, yo mismo!

—General, tal garantia necesita de hipoteca; el crédito simple está ya por demas comprometido.

—Dudais!

—No dudo. . . Pero los hechos hablan, y la experiencia es consejera que no puede desdeñarse.

—No es del caso que evoquemos la historia.

—Todavía es la historia del presente.

—Explicaos, pues.

—Escuchadme si gustais, puesto que os escuché paciente y tranquilo.

—Continuad.

—Dignaos responderme—¿Es cierto, general, que soy el fundador de una nacionalidad libre?

—La fundasteis con el concurso de todos: servisteis una idea inspirada no una idea propia.

—Apelo á vuestra honra! La idea realizada, era una idea preconcebida! Tres años antes de realizar la libertad de la patria estaba concertada y próxima á su triunfo con otros elementos, con otros hombres. No me arrebaseis mi caudal porque lo defiende mi historia. Jugué entónces mi posicion y quizá mi vida: posicion que me habia creado en cien rudos combates, cuando vos y vuestros amigos cantabais trovas y medíais estrofas. Os traje al seno de la patria tan llorada como Jerusalem, tan alabada como la tierra prometida, y entre el incienso caliente del triunfo conspirabais contra mi nombre y contra mi vida.

—Nos labiais engañado! Sostituiais la tirania postrada, con vuestra tirania naciente. Torcisteis el camino de la reorganizacion.

—Quisisteis forjarme una culpa para cubrir vuestro delito? No haberos conocido bastante fué el principio de mis faltas—¿Venía yo acaso como Numa á dictar leyes á

una nacion dilacerada? Venia como el Mesias infalible con la palabra de Dios? No! Venia como un soldado sublevado que asumia una responsabilidad tremenda. Solo podia responder á la patria y á la historia con el éxito de una obra coronada. Vosotros arrojasteis las piedras en mi camino, y aun devorais los errores de la culpa. Mirad en torno vuestro. La anarquia aparece con sus cabellos de vívora, con sus antorchas incendiarias. No cortamos esa cabeza y renace como el Fenix de su nido de llamas. Yo salté sobre esas piedras y sobre mi nombre salvando los pueblos en el arca de la fraternidad; mientras vosotros recomenzais la obra de la demolicion. En vano quereis asiros de los andrajos que aun quedan del manto reparador; vuestras culpas y vuestros delitos escapan por sus agujeros; y el cuerpo de la víctima enferma, sangrando, helado, es una acusacion y una ironia entre el pálido hossanna de vuestra mentida gloria!

Os lo he dado todo y nada poseeis. Os he entregado el caudal de mis sacrificios, y lo habeis malgastado como el hijo pródigo. Os he entregado mi partido, mis hombres, la tierra de mis padres, surcada por el hierro de la guerra, empapada con la sangre de un largo martirio, y la manteneis triste y enlutada como la noche de un eterno calvario!

—No fuimos nosotros los que arrebatamos vuestro patrimonio. Nos lo entregasteis vos.....

—Esa es mi culpa....y sufro la expiacion.....

Unos cuantos traidores menos, como decia el gran capitán del siglo, y la patria seria un coloso....

—No perturbeis el reposo de los muertos....exclamó el demacrado general, interrumpiendo al agitado huesped. Dejad dormir en paz á los que han bajado al sepulcro, sin lanzaros un reproche, sin que sobreviva de ellos ni una queja; dejemos á los que guardan silencio, y os miran todavia con respeto.....

El anciano general quedó suspenso un momento; y una imperceptible palidez asomó á sus lábios. Si no vimos mal aun creemos que se cubrieron sus ojos con una nube lacrimosa.

—Teneis razon, continuó; olvidemos á los hombres y retomemos los sucesos.

—Qué mas podriais esperar de mí? Lo acabais de decir: os entregué la suerte de mi partido; os dí con prodigalidad todos los secretos de la fuerza, no los habeis comprendido; y en agradecimiento continuais gritando que me impuse como tirano sobre la libertad de la República; que la encadené; que la oprimí, y que esas manifestaciones de que fuí envidiable objeto, tuvieron por madre la violencia y la crueldad: mientras que ahora en la arena legal de la prueba; ahora que sois dueño del timon de los escándalos, venis á pedirme que decline el espontáneo favor del pueblo!

Venis á pedirme merced para continuar la risible comedia de vuestra prepotencia, y á que yo responda á vuestros compromisos impuros; para que yo consagre el desprestigio patrio, para que yo sancione la preeminencia del extranjero, para que encubra con mi influjo vuestra vergonzosa derrota. para que os alze del polvo en que os hunden vuestros errores!

El viejo general se detuvo un momento, fatigado y profundamente conmovido. Parecia que su despecho lo llevara ma; allá de un propósito deliberado; y que la necesidad de desahogar su alma henchida de hondos sentimientos, hubiese estallado á pesar suyo.

Se repuso al momento; retomó con evidente trabajo su actitud serena y casi risueña para continuar en tono familiar.

—No era mi ánimo tomar las cosas por ese lado; pero teneis, general, el talento de hacerme hablar, y como por otra parte, no son para vos mis cargos. . . . sino para vuestros amigos. . . . porque. . . . francamente. . . . vos, vos sois bueno. . . . y. . . . sois mi amigo. . . . pero os pierden, os extravian. . . . Sois patriota y sois leal; sois lo mejor de vuestro partido; . . . y si los demas se os parecieran. . . . tal vez le diria adios para siempre á la política. . . .

El acartonado personaje lo miró á estas palabras, como si ellas lo hubieran despertado; pero lo miró como si qui-

siera penetrar hasta el fondo de aquel corazón propicio y sensible.

—Juzgais mal á los hombres, general! No olvideis que juzgais á vuestros antiguos enemigos. Miradlos por un prisma desapasionado, con los vidrios de la ingenuidad; y hallareis entre mis hombres algunos quizá lijeros, vehementes á veces, pero tambien los tengo profundos, bien inspirados y hábiles. . . . Si yo hubiese de dar mi apoyo decidido al que prefiero, al personaje que os propuse por transacion; oh! Entónces responderia como de mí mismo!!

—El no es malo. . . . pero ha sido tan movedizo. . . .

—Culpad á los sucesos. Ellos pueden mas que los hombres.

—Ademas es tan impopular. . . .!

—Os engañais; el grito de la envidia lo combate.

—¿Y creéis que se prestará lealmente á seguir un plan; que se rodeará de mis amigos. . . .?

—Se prestará á todo. Nació para hombre de estado, y la primera condicion de los hombres de buena escuela es la des preocupacion. El fanatismo y la tirantéz son cualidades de los entes vulgares.

—Quiero decir. . . . por ejemplo. . . . si nuevas luchas por desgracia asomau, se acomodará bien con la bandera de nuestra fé?

—Y como podeis dudarle, una vez que ha aceptado una tremenda responsabilidad! Dirá como el buen rey Hugo-
note dijo á los católicos de Francia: *bien vale Paris una misa* y se colará en todas las situaciones que le presente su vida pública.

—Eso es lo necesario. . . . me vais arrastrando general con vuestra sin igual elocuencia. . . . vais dominando mis escrúpulos y casi soy ya vuestro. . . . y sabeis por qué? Por que hemos superado á Diógenes: hemos hallado el hombre!

—Asi debia terminar este negocio entre nosotros, general. Hombres de nuestra talla nos debemos apoyo, y de ese modo la República será feliz bajo nuestra doble direccion.

—Bajo la triple direccion, querreis decir. . . .

—Eso es entendido!

Y ambos personajes radiantes de júbilo y nadando en un mar sereno de concordia y amistad, parecian antípodas de aquellos otros dos, que no ha mucho se ahogaban entre las ondas embravecidas de un océano de pasiones y de reproches.

El viento del interés suaviza los huracanes del rencor, como la mentira falaz consuela dulcemente de los rigores de la verdad austera.

Ya habia huido de aquella estancia perfumada la sombra de la prevencion y las reservas; y aquellos dos personajes tan airados no ha mucho, parecian penetrados ellos mismos de su recíproca lealtad y contentos ambos de su definitiva resolucion.

El tiempo entre tanto corria, y era menester pensar ya en ese compañero, en ese testigo perpétuo de las debilidades ó de la grandeza de los hombres.

—Es tarde ya, mi ilustre amigo, dijo el liviano huesped mirando con desenfado su reloj.

—Es muy temprano, por el contrario. Comienza á amanecer, replicó el otro.

—Mi reloj marca las cuatro. Y apropósito, mi digno huesped, permitidme que os deje un recuerdo material de esta noche histórica. Admitid mi reloj, compañero de mis desvelos y peligros. Y diciendo esto estiró con gracia su mano para entregarlo al mas anciano; pero este rechazándola con suavidad le decía al mismo tiempo. . . .

—Esta joya no puede separarse de vos. . . . De ningun modo: no puedo aceptarla, porque en vuestro poder tiene que señalar una hora sublime. . . .!

—Pues entónces aceptad un abrazo; y se arrojó al cuello del venerable señor del palacio.

—De mil amores. . . . y ambos se estrecharon fuertemente.

—Me voy, general; y me voy contentísimo. He hallado en vos el tipo que busco; el tipo de la generosidad y de la abnegacion; y apretaba con ambas manos, la mano de su noble amigo. Siento deveras separarme de vos, pero el deber me llama á otra parte.

Y ambos se dirigieron lentamente hácia las mismas salidas por donde habian entrado.

—Por supuesto, general, que puedo garantir á nuestro compañero de futuras tareas vuestro decidido apoyo, dijo el que se marchaba.

—Sin la menor duda! Podeis llevarle un abrazo de mi parte; podeis proclamarlo sin reserva.....!

—¿Y si cruzaran nuestro acuerdo?

—Montaré á caballo contra el mismo Lucifer. Y diciendo estas palabras, entrando por los corredores exteriores, golpeaba las manos el propietario para llamar á alguien del servicio.

En el instante, y como si brotara de las tinieblas, se presentó un sirviente respondiendo al llamado.

—Que acerquen el coche.

El doméstico partió de carrera, y á pocos instantes se oyó el ruido del carruaje y se iluminó mas la fachada del edificio con los faroles del vehículo.

Llegaron á la portada exterior.

El coche estaba abierto, y el estribo tendido.

El caballero que se ausentaba detuvo á su galante huesped, y como empujándolo hácia adentro le decia con empeño.

—Hasta aquí, General.

—Dejad que os acompañe hasta el carruaje.

—No olvidaré jamás esta noche!

—Ella decide de la suerte de nuestra tierra querida!

—Ella nos salva á todos y salva nuestra propia gloria, radicando profundamente nuestra comun influencia.

Y terminando así, y pronunciando estas palabras se lanzó al coche—alzóse el estribo, se cerró la portezuela; el conductor azotó los briosos caballos que partieron veloces.

El que se alejaba saludó todavía una vez con su afectuosa mano; el que lo despedia le respondió con igual afecto.

Algunos instantes permaneció en el umbral el opulento dueño de aquella deliciosa morada, con los ojos fijos en el carruaje que volaba, envuelto entre una nube de polvo que la refraccion de las luces pintaba de un color casi en-

carnado. Pocos momentos despues desaparecia en la oscuridad y solo se oia el ruido sordo de su carrera.

El personaje que iba dentro restregó un fósforo: encendió un perfumado habano y á la luz del fósforo podia verse la alegria de su semblante.

—Ya te tengo, astuto caudillo entre mis manos. No te escaparás ahora, murmuraba el caminante; mientras el otro caballero lanzando la última mirada á las tinieblas, se entraba lentamente por sus lujosos salones repitiendo maquinalmente su pensamiento.

—Insensatos! Pobres calaveras atolondrados que pensais consumir la ruina del pais; quedareis burlados! Me creeis vuestro juguete; pero os probaré otra vez que sois pequeños.

Acercóse á una mesa de mármol—tiró del cajon, tomó un objeto, tornó á salir, y llamó un criado que se presentó al momento.

—Está listo el chasque?

—Está pronto, señor.

—Dadle esta carta: que vuele á su destino sin perder instante.

El sirviente tomó la carta y se dirigió á los patios interiores. El caballero miró al cielo. . . .Habian muy pocas estrellas ya. . . .las apagaba el brillo incierto de la aurora.

Empujó la puerta tras sí y se internó en sus espléndidos aposentos.



CAPITULO II.

LA CABEZA DEL TIGRE.

No se alarme el bondadoso lector, sospechando que vayamos á ponerlo en presencia de las fieras ó de sus palpitantes despojos. Tranquilícese. No entran para nada los chacales ni las panteras en los cuadros que les presentamos.

Trátase de un lugar de añeja fama que lleva este nombre, situado en medio de campañas casi desiertas; y memorable por haber sido la tumba de ilustres mártires, y el prestado lecho donde durmieron sus cenizas, exhumadas no ha mucho, para encerrarlas en dignas urnas preparadas por la memoria justiciera de otra ilustracion que ya no vive.

Hay á la orilla del monte un modesto caserío de pobre aspecto, que sirve de descanso á los viajeros y de posta á los transeuntes.

El sol declina ya, y nos hallamos á la distancia de ocho dias, horas mas, horas menos de aquel en que asistimos á la curiosa conferencia de dos altos personajes retratados en el anterior capítulo.

Ya sabeis como es la "oracion" en campos solitarios. La solemnidad de esa hora incierta y melancólica que impone al alma meditacion, que inspira á multitud de razas himnos sacrosantos; y que arranca á nuestra misma fé la ingénua plegaria de los espíritus cristianos al sublime padre de la creacion.

El dueño de casa, rudo paisano de aspecto respetable, recoge, auxiliado por un muchacho sus reducidas majadas.

Su consorte, seguida de sus inseparables chinelos, recorre de uno á otro lado el contorno de la casa en los oficios íntimos de su hogar.

Tres ó cuatro individuos de aspecto insignificante, pero extraños á la casa, atan sus caballos en la cerca; na estacada; y preparan sus avios de montar que muy pronto les servirán de cama, y al lado de ellos recojen sus armas.

Todo anuncia la proximidad del descauso; y como el Sol se puso entre celajes, y nubes densas encapotan el cielo, es menester precaverse de la tempestad.

Es tiempo ya de irnos entrando por el interior del humilde hogar, porque ya arde una luz de sebo sobre la negruzca mesa puesta en el centro del aposento.

Entonces podemos ver que una graciosa muchacha de moreno rostro, de talle esbelto, de blanquísimos dientes, de ojos rasgados y negros, se dispone á tender un mantel sobre la mesa, y no muy euvidiables útiles de servicio están preparados para la cena.

Va á servirse sin duda á un individuo de buena apariencia que se halla sentado á la mesa; á un viajero que no da muestras de gran fatiga, puesto que le sobra aliento para dirigir piropos á la graciosa Catalina, y fuerza de sobra para cojerla una mano, que ella se empeña en retirar entre sonrojos y púdicas sonrisas.

—Yo no quiero á nadie, decia la jóven. Déjeme Ud señor. . . .

—Fero linda como eres, Catalina, no puedes ser insensible. Amame, pues, á mí! Me harás dichoso y yo te querré con toda mi alma. . . .

—Eso me dice Ud. como á todas. . . . No puede ser cierto. . . . Una pobre muchacha que. . . . no. . . .; Y procuraba desasirse del osado mancebo que se aprovechaba de la confusion de la chica para rodearla la cintura con uno de sus brazos.

—Catalina, seré tu esclavo; te haré dichosa. No te arrepentirás de haberme escuchado. . . .

—Pero Ud, se vá de madrugada. . . .y yo me quedo llorando. . . .No, señor. . . .Déjeme con mi pobreza. . . .

—Te engañas mi vida. Muy luego regreso; y si quieres seguirme te llevaré á otro mundo que no conoces. . . .Serás un ángel de felicidad. . . .!

La niña se hallaba conmovida; sus lábios temblaban: su rostro era mas bello ahora con el carmin que sombreaba de rosas sus mejillas: luchaba por huir, pero queria quedarse: una atraccion mas fuerte que sus temores la detenia: casi no era dueña de sí, porque el combate del rubor, la modestia de su condicion, la impresion de las palabras de amor dulcemente pronunciadas, todo la confundia, y emociones nuevas y desconocidas agitaban su sensible corazon.

Catalina era sensible é ingénua. Era una flor delicada pero agreste, de esas flores que pisa y marchita la planta indiferente y fria, ó que embellece mas el cuidado afanoso del jardinero.

Se dejaba, pues, arrastrar por que no se podia resistir.

—Sé mia, mi bien; ambos seremos felices y dichosos!

—Dichosos! Pues bien.si. . . .pero no sé que decir. . . .bueno. sí, lo quiero. . . .!

Y la pobre chica clavaba los ojos en el rendido amante, sin sospechar que hacia mal mostrando su alma.

—Bien; ángel mio! Pero es necesario que me pruebes tu amor.

—¿Qué le pruebe?

—Sí, necesito una prueba.

En esto se oyó ruido de gentes de casa que se aproximaban. Era la madre de Catalina seguida siempre de sus polluelos, que traia una fuente llena de algo que humeaba, y otro de sus chicos que conducia tambien un asado verdaderamente seductor.

El pasajero que no carecia de apetito se sentó en aire de acometer la cena, invitando á los dueños de casa y á la misma Catalina á que le acompañasen: todos se excusaron.

La buena muger arguyó con la disculpa de ordenanza.

—Muchas gracias, caballero; nosotros cenamos allá adentro.

Traducido á su version genuina, queria decir, somos del departamento de la cocina.

—Lo siento deverás, replicó el caballero; y acabando con los cumplimientos me pongo en campaña.

Comenzando desde luego sus mandobles con el riquísimo asado.

La noche entretanto avanzaba; y gruesas gotas de agua que comenzaban á caer, y lejanos y sordos truenos que se sentian, hacian mas evidente la dicha de aquel caminante que se encontraba á tales alturas bajo un techo hospitalario y bien provisto.

Aumentaba su contento el ruido de la guitarra que las gentes de afuera tocaban en la cocina; y estos sones que mezclados al ruido de la lluvia que arreciaba, llegaban hasta él con los aplausos y carcajadas de los alegres paisanos y con los versos característicos de nuestros agresivos trovadores, contribuian á hacer menos desconsolante su transitoria mansion del desierto.

—Alegre está la gente, señora. Señal de que los tiempos andan buenos; y decia esto el caminante llevando el vaso de pasable carlon á los lábios; pero el canto del payador, que llegó hasta él mas distinto y mas penetrante, interrumpió su movimiento.

Dicen que la mar es grande,
Y caben muchos navios,
¿Cómo si la mar es grande
No cabe un suspiro mio?

.....

Redobles de palmoteos y risotadas saludaron la trova; y otra y otras se siguieron no menos celebradas.

Eran mas ò menos las nueve. En el campo no se espera la media noche; y por consiguiente la fiesta de la cocina tocó muy pronto á su fin.

A favor de la quietud oyéronse las pisadas de caballos que se acercaban á paso de trote hácia la casa.

Los perros vigilantes lanzáronse con sus horripilantes ladridos á recibir al que llegaba.

—Eh!....*choco!*.....fuera *Barroso!* *Puntero,* fuera!

gritaba el dueño de casa con hueco pulmon á sus mastines, saliendo de la cocina.

La dueña de casa asomóse á la puerta de la habitacion.

—Es un pasajero, un señor. . . .

—El viajero que se hallaba en la mesa alzò con cierto disimulo el cuello de su capa, y bajó hasta las orejas el ala de su sombrero. Evidentemente no queria ser conocido.

—Muy buenas noches, dijo con cortesía el que recién llegaba, sacudiendo su manta bastante mojada y entrándose en la habitacion.

Le fué contestado con afabilidad su saludo; y tomó asiento á alguna distancia de la mesa. Era indudablemente persona de buena condicion: su traje, su figura y sus modales así lo revelaban.

El personaje que habia cenado, se mantenía en su lugar con los codos apoyados sobre la mesa y descansando en ambas manos su cabeza.

Así, y sin dejar su precaucional actitud, dijo al recién venido.

—Poco queda que ofreceros señor, ¿si gustais un vaso de vino para acompañar estos pobres restos?

—Con muy buena gana, caballero. Cuando se ha caminado con acompañamiento de aguaceros, un trago de vino es un bálsamo!

La dueña de casa que dejaba acompañado á su primer huésped, halló pretesto para dar á ambos las buenas noches. Pidióles para ello permiso; é indicándoles que podían disponer de dos camas, que allí hacían el principal papel en el menaje, se retiró con su infantil acompañamiento. Siguióla la graciosa Catalina, no sin arrojar una mirada indefinible de afecto al objeto de su dulce preocupacion.

—Venís de muy lejos por lo visto, caballero?

—Hé galopado bastante respondió el recién venido.

—Y os dirijís al interior?

—Voy caminando al Norte. ¿Podría permitirme preguntaros vuestro derrotero?

—Camino en rumbo distinto; vengo de los lados á que os dirijís vos: camino para el Sud—¿Queréis decirme si ocurren por abajo algunas novedades?

—Poco sé, señor, de noticias. No me ocupo de la política.

—En los tiempos que corren el mejor de los dados es no jugarlos; y creo que acertamos. Que se rompan los cascos los que van ganando en ello. Pero he oído decir, sin poner atención, en la posta que dejé últimamente, que acababa de pasar un chasque urgente del señor presidente para el Norte; y en estas circunstancias en que todo el mundo se ocupa de elecciones, podría juzgarse este incidente precursor de algún acontecimiento.

—¿Un chasque del señor presidente, decís?—Hace algunas horas á que estoy en esta casa y no ha pasado. Habrá sin duda continuado sin detenerse en esta posta. Pero francamente, no adivino el objeto de ese chasque, porque en los pueblos del Norte parece que se tiene ya opinión hecha y resuelta.

—Os veo mas informado que yo en estos negocios apesar de vuestro indiferentismo, dijo con cierta reticencia el recién llegado.

—He oído el rumor público. . . . Tengo orejas aun cuando me falta interés.

—Pues según he llegado á oír allá por el litoral, parece que la cosa anda embrollada: que se teje ahora en otro telar.

—¿Embrollada decís?—y el amante de Catalina manifestó cierta impaciencia que no pudo del todo disimular. ¿Pues que no es negocio concluido la combinación arreglada entre el presidente y el general?

—Entiendo que sopla de otro lado el viento. . . . Pero excusadme, porque no quiero equivocarme, y es mas prudente que no hable de lo que no entiendo. . . .

—Disimulad caballero. . . . aunque ageno á la política, despertais mi curiosidad, y os ruego que continúeis refiriendo lo que sepais, lo que hayais oído. . . .

—He oído. . . . que ya no es el favorito de S. E. el favorecido. . . .

—Pero quien le retira el favor—S. E. ò el general?

—Entiendo que el último.

—Y quien es entonces el agraciado?

—Indudablemente será otro.

—Hablemos con franqueza! Debo confesaros que esta noticia me importa mas de lo que pensais.

—Acabais de decir lo contrario,

—No lo tengais en cuenta.

—Necesito un gaje.

—Pedido!

—Que me digais á vuestro turno lo que sepais. Al parecer no teneis aire de comerciante; no os supongo estanciero de estas comarcas; vuestro tipo me lo revela; y en estas circunstancias no podeis viajar por placer.....

—En horabuena. Es menester que seamos francos. La suerte nos ha juntado en este lugar; y quizás nos ayudaremos mutuamente en nuestros respectivos intereses, aun que estos sean encontrados.

—Dadme la prueba de vuestra ingenuidad. Respondedme sin amdajes—¿Por quién apuntais en la partida?

—Seré franco sin la menor reserva. Todo hombre que se interese por la salvacion del pais; que quiera verlo salir de la postracion; que quiera verlo garantido para el porvenir, no puede tener en esta situacion sino un modo de ver, aun cuando llegue á violentar quizá sus afecciones. A mi juicio en la actualidad solo puede valer un hombre.....

El profeta de la ingenuidad, como se vé, iba por partes, y se detuvo antes de aventurar un nombre.

El que lo interrogaba se apercibió de los últimos escrúpulos de su compañero de albergue y se decidió á llevarlo á la última estremidad,

—Continuad, caballero. Cuando se tienen convicciones que nacen de un propósito hourado, no hay menester precauciones. Vuestras premisas os hacen honor y deben ser acertadas las consecuencias.

—Os decia que no hallo en estas circunstancias tan raras y tan solennes sino un hombre, porque los pueblos dilacerados necesitan regenerarse todavia á la sombra de un prestigio que les dé fuerza para concertarse y ahondar el prestigio de las instituciones.

Este hombre necesita antecedentes, fuerza propia, autoridad; esa autoridad que nace de la voluntad de todos en el propósito de obedecer; y no tenemos otra personalidad

que reuna esas condiciones... sino al general... Además, según mi convicción, según lo que conozco y lo que he visto, todos los pueblos del Norte piensan como yo, y su elección es infalible.

—Lo creo como vos, respondió el otro con muestras de adhesión y de agrado; Si los pueblos consultaran sus intereses, continuó, no tienen otro camino de salvación, pero no podéis ignorar, por lo que de vos alcanzo, que la elección de los pueblos del Norte tiene aparejada otra condición.

—¿Os referís al vice-presidente? Está previsto. La combinación esta arreglada y resuelta. No hay más que una opinión....

—Puede que os engañéis....

—Imposible! No está en ningún poder humano trastornar ya la voluntad de los pueblos y de los hombres influyentes. Además, no habría el tiempo material para operar reformas. El favorito del presidente será vice, porque es eslabón entre dos entidades y gaje de orden futuro....

—Ahora afirmo lo que antes presumía. El favorito quedará fuera de combate....

—¿Qué decis! exclamó el otro visiblemente inmutado— ¿Qué decis, caballero....? Hablad, porque reviento de impaciencia....

—Os dí á entender antes que la primera combinación habia fracasado; ahora os lo aseguro.

El que escuchaba cambió de colores: se puso rojo: se puso pálido: pero como aquel que cree á los demás en error cuando la verdad lo contraria, no se detuvo ante ninguna conveniencia para desentrañarla, y dijo con cierto to aplomo á su compañero de habitación.

—Debeis estar equivocado caballero! ¿Teneis alguna prueba de lo que afirmáis?

—Nunca me presto á ser órgano de hablillas; solo afirmo cuando tengo pruebas....

—Perdonad.... Pero como estoy tan interesado en esto....

—Lo comprendo....

—Deciais que el favorito quedaria burlado....? Esto

no puede ser. . . . Esto vá á comprometer las cosas, á ponerlas en peligro, á. . . .

—No hay mal que por bien no venga. . . . Os decia que el favorito es otro. Ese es D. Alsibiades. . . . Afirman que este cambio de candidato augura la integridad de la República.

—¿Pero este cambio, señor, es de acuerdo entre el general y el presidente?

—Nada menos que eso. Ambos personajes se engañan ó procuran engañarse. Juegan á los amigos, pero por lo que veo, se tiran como enemigos. El señor presidente le pasa la mano y lo flanquea con revoluciones armadas de cañones á su amigo el general; y este, mientras lo entretiene por allá, por Cápua, se le viene como Scipion á Cartágo á dar muerte civil al convenio presidencial. . . .

—;Fatalidad! Fatalidad que vá á romper en mil pedazos nuestro destino, nuestros afanes, y la fé profunda de millares de hombres. No podeis, no podeis suponer todavía el mal inmenso que va á producir este cambio súbito é inesperado! No puedo ocultaros mas mi condicion. Soy agente del mismo general; soy el portador de la última resolucion de todo el Norte. He asistido á los laboriosos trabajos concertados; he contribuido á combatir las resistencias al favorito; y por fin, cuando regreso gozoso á llevarle esta nueva venturosa, venis á sorprenderme y á matar mi júbilo. . . .!

Pero decidme; aun es tiempo quizás; decidme ¿quién será el portador de esta nueva órden? Es posible que pudiéramos detenerlo; impedir que llegue con su funesta mision. . . .

—Es envano, soy yo mismo.

—Vos? y de quien sois agente?

—Del general.

—Bendito seais! La Providencia nos ayuda! Despues de lo que sabeis de mis lábios, cambiareis vuestro destino. Os volvereis conmigo?

—No puedo. Mi honor y mi deber me mandan que llene esta importante comision.

—Pero sabiendo que servís al general, insistirías en su mal?

—Cumplo como entiendo con mi deber; obedezco.

—Es que yo tomo la responsabilidad por mí. Soy más que agente del general; soy su amigo; estoy en sus confidencias. . . . Mirad: y sacó una carta en blanco del general; mirad; esta carta me acredita con todos sus amigos sin limitación, y bien puedo pedirlos me escuchéis.

—Mi deber es obedecer, repitió el otro. Las recomendaciones que el mismo general me hizo, me impiden hasta vacilar. Por otra parte, al escucharos creo que exijerais un poco las cosas. El favorito en resumidas cuentas viene buscando el amparo del general, mientras que Alsibiades le trae la integridad.

—Risible comedia! mi amigo. Nos trae nuestra perdición. Nos llevan doscientos mil demonios! Pero no cabe ya duda de que podemos franquearnos del todo. Por una extraña coincidencia nos ha reunido aquí la suerte, sirviendo una misma causa, y ocupados de un mismo asunto. Somos en consecuencia buenos amigos: procedamos como amigos.

—De buena gana.

—Mirad. La salvación de nuestra causa está quizá en vuestras manos.

—No lo entiendo. . . .

—Decidios á regresar.

—Imposible!

—Vais á hacerle al general un inmenso mal. Todo el mundo está de acuerdo como os lo he repetido. Vuestra llegada, si llegáis á tiempo, vá á producir una nueva perturbación; vá á desconcertar los trabajos terminados, sin que haya tiempo de organizar otros; os lo juro! Por otra parte, la confianza en el verdadero designio de nuestro jefe estaba ya débil y vacilante, y no poco trabajo nos ha costado retemplarla. Se ha avivado la fé vacilante, ha renacido la esperanza, y la seguridad del triunfo levanta los ánimos y afirma el resultado! Vuestra llegada despejará á los hombres más influyentes, desquiciará la unión formada, y cada cual se dividirá en otras tantas fracciones, ó

en otras tantas decepciones. Creedme, amigo mio, debeis volveros: debeis escucharme, porque cediendo á tiempo salvais al general y salvais á la República.

—Por eso continúo dentro de algunos momentos mi camino. El general me ha explicado su pensamiento y su reforma. Ademas, vos no conoceis bastante á los pueblos y á los hombres, cuando temblais ante la presencia de una evolucion política. ¿Creeis que los que fueron bastante dóciles ó bastante sensatos para obedecer una consigna, no se apresurarán á ceder á otra indicacion? La primera vez cedieron á una iniciativa sin comprenderla, y desde entónces están obligados á seguir sin reflexion el camino señalado. Creyeron que obedecian á una gran conveniencia, á una gran combinacion de la política; por idénticas razones responderán á esta nueva necesidad de las cosas, salvo refunfuños. salvo una que otra maldicion, que mezcladas á los vivas y á los aplausos, es siempre la salva de estos bordinos indigestos de la política. No temais, yo seré explícito en mi comision y vereis que. . . .

—No hareis nada de bueno, replicó el otro; no teneis bastante tiempo sino para desquiciarnos. Y lo hareis á vuestro pesar. Aquí mismo teneis el ejemplo; dos partidarios de una misma causa; dos agentes de un mismo individuo, dos hombres leales, amigos del pais, que buscamos un mismo resultado, estamos sin embargo confundidos, contrariados; pensando de dos maneras distintas, y destrozando á nuestro pesar lo mismo que quisiéramos fortalecer á cambio de nuestra vida. Fatalidad! . . . Fatalidad que viene pesando injustamente sobre hombres leales, desinteresados y patriotas!

--No hay que desesperar, replicó el otro.

—Tengo harta experiencia para presumir. . . . Pero en definitiva, ¿os vais?

—Al amanecer.

—No faltará mucho, y mirando su reloj, el agitado pasajero dijo:—son las cuatro!

—Ha volado la noche.

—Cuando la fiebre de la. . . . pero escuchad. . . . no os movais; creó que he sentido ruido. . . .

El otro caballero miró indiferente á todos lados. El que acababa de hablar puso un dedo sobre los lábios;—señal de que convenia el silencio.

Pocos segundos despues, se oyó con efecto un ruidito que parecia intencional hácia una ventanilla que habia en un extremo de la pieza. El caballero escuchó un momento, y se dirigió á ella. . . . La abrió con precaucion. . . . estaba la noche bastante oscura todavia; y un bulto pegado á la rejilla de madera.

—Quién sois? dijo el pasajero en tono bajo.

—Soy yo!

—¡Catalina! . . . sois vos? Estoy soñando? . . .

—Soy yo que vengo á traer á usted la prueba de mi cariño.

—Dejad que . . .

—No se mueva usted, no haga el menor ruido. Si me sienten sufriré mucho. Vengo á hacer á usted un servicio que le importa. Mi padre está prevenido de que su compañero, que llegó esta noche, conduce papeles. . . . ó lleva un encargo. . . . que . . . no entiendo. . . . lo que sea. Le he oido en secreto que es cosa contra el Gobierno; y como el pobre viejo es maestro de posta, y vive de eso, ha dado parte. Hace unas horas despachó un chasque á un gefe que anda con fuerza por cuenta del presidente ó no sé de quién, y seguramente lo van á agarrar.

—Seguramente lo tomarán! Y el pobre caballero tan leal y tan resuelto caerá sin remedio en poder de esos lobos.—Que hacer, Santo Cielo!

—El postillon que acompañará á vuestro amigo es un jovencito muy vivo y muy valiente: es mi hermano: lo he hablado, y está dispuesto á servirlos llevando al pasajero por caminos excusados. Se llama Jaime; puede usted confiar en él como en mi misma. . . . Adios.

—Catalina! Catalina! Escucha una palabra todavia. . . . Eres un ángel! Te dije que te amaba hace poco por que eres bella; ahora te admiro por que eres buena, sublime, generosa!

—Le he traído á usted la prueba que me pidió y basta. . . .!

—Permíteme que ponga en tu dedo este anillo como re-

cuerto de esta noche de suyo inolvidable. La niña rehusó; pero arrebatando cariñosamente al jóven un pañuelo marcado que tenia en sus manos, desapareció con estas conmovedas palabras:

—Me sobra coneste recuerdo. . . . Adios!

El caballero permaneció en el mismo sitio, mas preocupado de aquel rasgo de sensibilidad, de aquella abnegacion tan sublime, que del peligro que amenazaba á su compañero.

Muy luego cerró la ventana y dirijiendo la palabra al que permanecia inmóvil en su asiento:

—Ya habeis oido, le dijo.

--Perfectamente.

- Y ¿seguireis vuestro camino?

—Indudablemente.

—Sois inquebrantable, francamente; ningun ser puede jactarse como el general, de tener amigos mas leales, mas desinteresados y mas valientes. Pero decidme, continuó; ya sabeis que el postillon es nuestro amigo, que se llama Jaime, que es discreto; que os llevará por camino conveniente. ¿En que puedo ayudaros?

—Tengo mis armas y tengo dinero; en tales circunstancias esto importa un ejército con que vencer ó morir.

—Pues, amigo mio, es menester que pasemos el Rubicon. Ya oigo la toz de la gente de casa; es el trino matinal de los campesinos, aunque algo mas ronco que el de los pájaros.

En efecto rayaba la aurora.

Ibáanse congregando en el fogon los sectarios del *cimarron*. Los caballos que habian de servir á los caminantes estaban amarrados. Los caballeros mandaron ensillar, y aun no estaba bien claro cuando montaron; y deseándose buena fortuna se despidieron cada cual en rumbo contrario.

El que bajaba al Sud, iba seguido de dos ó tres individuos. El que cabalgaba al Norte partió á gran galope siguiendo al postillon, que era casi un niño.

El primero de aquellos iba meditabundo y á paso mesurado. Lo preocupaba con razon el encantó de su aven-

tura, que venia á mitigar la agitacion de sus pasiones de partidario. La inspiracion generosa, el valor inocente de aquella pobre niña, estimulados por la voz insinuante del amor; por ese resorte mágico con que se manejan los impulsos del alma hácia el bien y hácia el mal; y que por una rara combinacion venian á obedecer ahora á los cálculos de la política, esa combinacion híbrida, egoista y fria como el cálculo.

El otro caballero galopaba sin cesar no menos preocupado de su suerte y del éxito de su mision; y asi no pudo notar que transitaba por entre las malezas y pastos altos del campo.

Ya el sol se alzaba. Sugetó su caballo; y dirijiéndose por la primera vez al postillon, lo llamó por su nombre.

—Jaime; te parece bien, hijo mio, que paremos un momento?

—Como Ud, mande, Señor; y ambos desmontaron.

Entonces pudo examinar á su *cicerone*; niño de rostro audaz y bondadoso, que refractaba algunos rasgos especiales del rostro de la bella Catalina.

—Se aparta mucho el camino por donde vamos?

—Como dos leguas.

—Y no hay por este rumbo ningun peligro?

—Ninguno, señor—¿quien quiere que ande por acá tan de mañana?

—Escucha, Jaime; tu quieres mucho á Catalina. ¿No es verdad?

—Es lo que mas quiero en el mundo!

—Pues bien, es preciso que me jures por ella, que harás lo que te voy á decir.

—Quien sabe lo que será. . . .!

—Has de cuenta que ella te lo pide, que ella te lo manda; porque le vá en esto á tu hermana.

—Entónces, sí.le juro Señor que lo haré.

—Es cosa fácil. Mira, si por acaso me sucede algo; si me detienen en el camino, por ejemplo, nadie hará caso de tí que eres un niño. No te detengas entonces; procura correr y alejarte. Me interesa que escapes y te dirijas

sin parar hasta... y entregues al Señor... estos papeles: á él mismo, entiendes?

—Si señor, no tenga cuidado; démelos nomas bien envueltos en el pañuelo y yo los ataré á la cintura.

El caballero sacó de su cartera varias cartas, pasó vista; separó una que estaba abierta y la leyó: decia así—

“Mi querido general y amigo :

“Se nos paga nuestra generosidad con la ingratitude de siempre y he reflexionado mejor en lo que verdaderamente interesa á la suerte de la República y de nuestro partido. Con la vice-Presidencia del favorito, no hacemos sino dar fuerza á un juguete; pero abrimos un abismo á la integridad, y tropezamos con las dificultades de siempre, con la escasez y quizá con la guerra.

“En esta situacion, es indispensable que le demos á Al-sibiades la vice-Presidencia, porque nos trae contingente y garantias de union. El es bueno, es amigo; y sobre todo, asi he pactado solemnemente. En esta virtud hago volar á.....Dele Ud. crédito; empuje á los amigos; no se pare en dinero, en la seguridad de que tenemos el triunfo en el bolsillo y la seguridad de paz y de órden.

“Quedo &a.”

Hecha la lectura de esta carta, volvió á plegarla; ajustó el cierro; la envolvió en un pañuelo, y él mismo la ató á la cintura al postillon bajo la manta que lo abrigaba; previniéndole que una de las puntas del pañuelo contenia una cantidad de dinero que desde ya le pertenecia.

—Ahora, á caballo, mi grande y buen amigo: y emprendieron ambos de nuevo la carrera con mas velocidad, tragándose las leguas.

De repente el postillon sujetó su caballo.

—Que tenemos, Jaime? preguntó el caballero deteniendo el suyo.

—Por allá veo gente....

—Serán ganados....

—No Señor; divise á este lado....son soldados. Y por acá tambien veo otros: á aquel lado: y el niño apuntaba con su chicote hácia la direccion que queria determinar.

—Con efecto, dijo el caballero, estamos rodeados: ya los veo venir; apurau el galope: vamos nosotros despacio. Ahora me alegro de las precauciones que tomé. No olvides, Jaime,, mis instrucciones: mira que es Catalina quien te lo pide.

—Descanse V. señor; pierda cuidado.

Dos partidas de tropa armada, como de cinco hombres cada una se presentaron á la vista por ambos lados; y así que divisaron á los caminantes, pusieron los caballos al gran galope dirigiéndose rectamente hácia ellos.

En pocos minutos estuvieron sobre la presa.

El oficial que mandaba, á quien no recomendaba mucho su cortesía, sujetó su caballo, intimando al caballero que hiciera alto.

—Parece que os divierte galopar fuera del camino sin temer las rodadas ¿Podremos saber en que consiste este capricho?

—Hemos partido de noche de la posta, y hemos extraviado el rumbo. ¿Pero me haceis el favor de decirme, con que autoridad me interrogais?

—Soy oficial nacional, al servicio de la bandera de las intervenciones!

—Sea en horabuena; pero no reconozco la razon de intervenir en los caminos.

—Precisamente estais intervenido; y despachaos pronto; teneis que entregarme vuestros papeles y que seguirme.

—Seguiros! y adonde?

—A presencia de mi general; y andémos listos, vengan los papeles. . . . los papeles. . . .

—No tengo papeles que entregar.

—Disculpas! Estamos prevenidos. Sé de que pié cojeais. Vengan los papeles—y diciendo y haciendo eehó mano á las riendas del caballo del intervenido, que se mantenía enérgico y sereno, mientras que dos soldados se precipitaron á asir al caballero por el cuerpo. Pero este, que no era una doncella en medio de los peligros (salvo la de Orleans) tiró su revolver de la cintura y disparó sobre el soldado que de mas cerca lo acometió, el que cayó de es-

paldas por sobre el anca del caballo, herido de un balazo en la cabeza.

El oficial, mas irritado con esta resistencia, desenvainó la espada y animó á sus soldados, un instante paralizados. El caballero redobló su valor, y exclamó con tono amenazador—

—El primero que me toque cae como ese miserable envuelto en su sangre,

—Adelante, adelante! Maten á ese mandria!

La tropa cargó en masa, descargando los golpes de su sable sobre aquel desgraciado. Trabóse un verdadero combate, pero el número debía prevalecer y el caballero herido y ensangrentando, fué amarrado por los brazos en medio de los soldados vencedores de la bandera de la interencion, y conducido en medio de ellos como trofeo.

—Y el muchacho? ¿Qué se hizo el postillon? preguntó el oficial á sus soldados.

—Se hizo humo, mi capitán; respondió uno de los soldados. . . . No habrá sujetado hasta la posta.

Con efecto, el valeroso niño no dió entrada al terror que inspiraba aquella escena de sangre, y en medio de la confusion cumplió la consigna; se deslizó sin que nadie lo notase y emprendió la fuga.

—Estais mal herido, caballero, preguntó el oficial á su valiente prisionero.

—Estoy herido en mi dignidad de hombre libre: las heridas de mi cuerpo me importan poco.

—Desaten al preso, mandó el oficial; y déngle su caballo.

La órden fué ejecutada; y la comitiva pudo entónces acelerar el paso.

Raros acontecimientos se habian sucedido en pocas horas, teniendo por teatro las cercanias y el modesto alberde de la *Cabeza del Tigre*.

Aquel singular encuentro de los dos viajeros, preocupados de una misma idea, y agentes al servicio de ella; y sin embargo encontrados en sus juicios y en sus esperanzas, viene á presentarnos un cuadro real y filosófico de la perturbacion de todos los espíritus, de la inseguridad de todos los cálculos, de la falta absoluta de base sobre que

treparse para adivinar, con mas ó menos probabilidad los misterios del porvenir.

Es la imágen de la divagacion, que no acierta á fijar la mirada en ningun punto ni en ningun lugar.

¿Y de donde puede nacer esta estraña confusion; esta Babel que se desata con las mil combinaciones de un solo fin político, emanacion de una sola cabeza, de una sola prepotencia, de un solo interés, y de una sola y absoluta direccion?

Misterios de la humanidad; problemas sociales que no nos es dado detenernos á resolver, pero que es menester que un dia tengan infalible solucion.

Ya hemos visto la contradiccion de dos miembros de una sola comunion. Esa contradiccion es un emblema que refracta en las descascaradas paredes de la *cabeza del Tigre* la situacion de un pueblo mártir.

Pobre Catalina! Su ternura tambien tiene un rol precioso en aquella escena inusitada. Angel de amor y de reparacion, cruza entre el misterio de la noche la fea culpa de su viejo padre, inspirada por los impulsos de su pasion nacional; y su misma ternura, concentrada ya en un ser desconocido, la impele sin sospecharlo á empujar al caos de mayores incertidumbres á los lejanos pueblos del Norte.

Su prestado mensajero vuela en tanto á su destino. El animoso Jaime no descansa; y como instrumento de la fatalidad, el pobre niño ni aun sospecha que conduce bajo su manto la maldecida caja de Pándora! Si, exactamente, la funesta caja que rehusó abrir Promoteo, pero que abrió Epimeteo su hermano para dar escape á todos los males del siglo olímpico. Puede muy bien que el depósito de Jaime vaya á parar tambien á manos de dos hermanos poderosos y fuertes que en la mitologia de nuestros dias responden á la voz de su Júpiter tonante, y que en el fondo de esa caja no quede para nuestra grey otro don que la esperanza.



CAPITULO III.

EN LA MAR.

A la altura de los 35° 23" lat. y 46° 12" long., navega, ó mas bien se desliza sobre el sereno y terso Océano Atlántico, con rumbo SudEste, el hermoso vapor *Anagnosia* en cuya dorada popa flamea el altivo pabellon de las estrellas.

El capitán *Mad-master* y su teniente *Madhouse*, sobre la plataforma, toman su observacion de la tarde, comparando los cronómetros á la entrada del sol en los inmensos horizontes.

Los pasajeros y damas se pasean saboreando esa brisa marina, ambiente especial y casi tangible que imprime su humedad y su olor; y rebosando de contento á la vista de los signos repetidos que anuncian la proximidad muy inmediata de la tierra.

Entre estos pasajeros se pasea un individuo de tipo singularísimo, que merece, al parecer, la consideracion muy marcada de las *ladyes*. Lo siguen y lo rodean; lo agarran con familiaridad; hacen alto: lo detienen: se rien con él á carcajadas: le palmean el rostro: le hablan en confusion: le hablan distintamente: y el individuo mencionado no deja un instante su aire dogmático y pedagógico, respondiendo á todas en un inglés infernal, abriéndose paso, haciéndose seguir, deteniéndose donde quiere, y haciendo de su palabra difícil y laboriosa el *fiat lux* en aquella reunion de admiradores.

Indudablemente es el *cicerone*, el apóstol, el protector de aquella reunion de damas; las unas jóvenes, las otras viejas: las unas coloradas y de dientes largos y amenazadores, especie de antropófagas: las otras amarillentas y escualidas; todas ellas cubiertas con largos pañolones algo marchitos, con sus sombrerillos comprados á mercaderes ambulantes de tercera mano, y calzadas con un *negligé* verdaderamente peregrino, por su dilatado servicio, y que hacia honor á la larga, angosta y característica planta de la raza.

El oráculo del mar Atlántico, como decíamos, semejante á un capon que conduce los polluelos abandonados por la madre despiadada, parece que se ocupa de la educacion de aquella bandada, preparándola á una vida nueva y desconocida, y aleccionándola en armonia con las castumbres, los gustos, el carácter del pueblo á que inmigraban, y penetrándolas de la delicada mision que les deparaba.

El personaje en cuestion, es incuestionablemente persona de alto coturno, y goza abordo de las generales consideraciones, no solo por lo que ya hemos visto, sino porque viene ocupando una parte de la bodega y pagando buenos pesos duros por el valor de algunas toneladas de carga.

Su aspecto es una verdadera curiosidad. Su figura no pertenece á esta época, ni tiene muchas rivales. Es una figura de museo; es una exposicion antediluviana destinada á llamar la atencion donde quiera. Podria decirse que pertenece su estampa mas bien al ramo de arquitectura que á las artes del buril, porque seria mas fácil edificar su efigie que esculpturarla.

Con efecto, no puede adivinarse su raza en su arquitectura. Tiene de todas y de ninguna.

¿Es europeo? N6. Seguramente que no. ¿Es americano? Tampoco. ¿Es africano, acaso? Excusada es la pregunta, puesto que es de color blanco aceitunado—¿De donde es entonces este señor? Acabemos!

Todo se puede suponer; pero nada se puede asegurar:— y por consiguiente, cada cual puede darle el orijen que quiera.

Para nosotros que lo estudiamos, es un vástago escapado de aquellas razas oscuras que sableó á su anchas Alejan-

dro, y cuyos restos se mezclaron en sus correrías con los Hunos. Todo, por supuesto, modificado por las costumbres y los hábitos elevados del individuo.

Con seguridad podríamos afirmar que es un *Sarmita*, un miembro transmigrado cuando menos de aquella familia de los *Getas* y *Masagetas* que habitaron las cercanías del Cáucaso. Si! No hay que dudarlo—es sin disputa un *Sarmita*.

Representa sesenta años, mas bien mas que menos. Su cabeza pelada ya hasta la nuca, es grande y casi deforme: su ancha nariz está delatando á gritos que su ánima se llevó por delante algunas veces los pedrosos montes Hurales: su boca, rasgo eminentemente lógico con su vecina, parece que dejára caer el carnudo y morado lábio inferior; mejor dicho, parece de allí colgado: su barba cerrada entrecana, no parece que brotára del rostro, sino que estuviese adherida con alguna goma y que hubiese ademas servido de alma al asiento de algun viejo canapé. Es su cuello corto; su espalda atlética y encorvada le habria suscitado la envidia de los *pelasgos*: sus piernas cortas; su forma inferior ó su basamento, pati-zambo: sus piés nada proporcionados al conjunto, que ocupan una longitud relativa á su gran latitud dentro de unos zapatos de gamuza negra, se miran por los extremos como enojados de la recíproca provocacion de dos bien pronunciados juanetes que se hacen burla.

Toda esta humanidad envuelta en un enorme *paletó-chemisse* de color negro, que despues de perdido restauró su brillo luminoso por la accion reaccionaria de la grasa, y cubierto con una especie de kepí de pieles de perro de color chocolate; toda esta humanidad decimos, que debe encerrar dentro de su caparazon buen relleno de calidades morales de alto precio, es el mimado personaje que se distingue entre todos, adulado de todos, y haciendo debida justicia al cuadro, parece en este conjunto el predestinado Noé en aquella arca de esperanzas.

En una de las evoluciones que hacian el notable personaje y su cortejo, se paró delante de los preocupados marineros y se detuvo la córte en torno. Dirigiéndose al capitán del *Anagnosia*, le preguntó con cierto aire de superioridad,

y en aquel inglés que se parecía mas bien al griego.

—Qué rumbo capitán?

—Recto al S. E., Excelencia, le contestó el capitán *Mad-master* con respeto, y alzando la cabeza que parecía metida dentro de la carta estendida sobre la mesa de la escotilla—Vamos bien: rectamente á entrar al grande estuario, agregó el capitán con una voz que parecía salir de las narices.

El personaje echó una mirada á la carta; dió dos pasos, miró las bitácoras, y con marcada resolución, con tono del que enseña la lección.

—Vamos mal! replicó. Es necesario que corrijaís el rumbo—Un cuarto mas al Oeste. Es menester evitar los bancos.

—Excelencia, el rumbo es exacto. Una variación nos llevaría sobre la costa y yo busco el canal.

—No me echéis pelos en la leche, capitán. He estudiado náutica antes que vos; y si por desgracia os hiciese reventar el *coctail*, no tendría embarazo en dirigir el *Anagnosia*. Ayer no mas visitando en vuestra tierra el colegio *West Point* dejé á los muchachos con la boca abierta y á los profesores con los ojos cerrados. Les probé como dos y dos son cuatro, que el sistema de logaritmos es un engorro para el cálculo naval: porque habeis de saber señoras y caballeros, que yo estoy por la supresión de todo lo que es inútil, por cuya razón dí al traste con la H y la Y, produciendo una verdadera revolución en la lengua castellana; como pienso zapar un millon de torpezas que desde atrás he puesto en capilla. Figuraos *Miss Pen*, vos que sois políglota, si el H, que es una especie de cadáver en el alfabeto castellano, necesita que lo esten galvanizando á cada trique traque: ¿no es preferible dejar durmiendo y olvidados á los muertos? Decid *Mis Pen*, decid con franqueza. . . .

—*Oh yes, Excellence, oh, yes!* y *Mis Pen*, esparragada hurrí, con sus apartes masculinos, y que sacaba su largo pescueso como de una funda, golpeaba una mano sobre la otra asintiendo y robusteciendo el aserto del profeta, que continuó con igual calor.

—Pues así como sepulté la H para siempre, he cabado

el sepulcro de muchos errores; y ya vereis, ya vereis la cacumba de barbaridades que levanto en esa tierra querida que me llama con los brazos abiertos. . . . y apuntando hácia el Sudeste, pero corriendo el dedo un cuarto al Oeste para no desdecir de su sentencia marina—Si señores! Es menester que nos acostumbremos á hacer justicia al mérito donde quiera que se halle reunido. Para eso sudan las inteligencias superiores; para hacerse el *palladium* de la humanidad que aprende; y por eso teneis que obedecer la enseñanza de vuestro Franklin, de vuestro Washington, de vuestro Jefferson, de vuestro Fulton, lumbreras del universo. Yo he tenido la suerte de reunir todas sus facultades en conjunto, y parece que la Providencia hubiera querido encapricharse en acumular en mi individuo una especie de mazamorra de las ciencias y de las artes modernas. . . .

El Sarmita parecia excitarse con la apreciacion ingénua de las dotes propias. Se sacaba su peluda gorra, se pasaba la mano por su desprovisto cráneo; miraba á uno y otro lado del Oceano con miradas vagas y de soslayo; daba uno que otro tranco y lo desandaba en el estrecho rádio del silencioso concurso de admiradores: y continuaba. . . .

—Si no fuera por la hora, y por no hallarme del todo bueno, os haria un breve *speech* sobre el inciclopedia humano. . . .

—Oh! si—*a speech! a speech!* exclamaba *Miss Pen* con impaciencia tal, que se parecia á desesperacion, á hambre y sed de elocuencia.

—Dignaos, Excelencia, decia en tono suplicatorio *Miss Judith Spellingbook*, crema literaria del Estado de *Maryland*, rolliza matrona, de cuyo abultado seno pendia una medalla con que la justicia agradecida habia premiado las dotes educacionistas de la fervorosa pedagoga.

—*A speech!! My Good!* suplicaba *Mis Ana Inkstand* la de los dientes largos, la nerviosa, la amarillenta y piramidal doncella del *Ohio*, celebrada por sus públicas conferencias en pro de la emancipacion de la mujer; y la acompañaban en coro de rogativas *Miss Flea*, la viuda *Miss Pencil*, la señora *Argirópolis Gymnas*, profesora de aerostacion; y por fin toda aquella colonia troyana que seguia por la in-

mensidad de los mares el destino de este nuevo Ulises.

Hubo de ceder por fin el mimado caballero, y con el aplomo de *O'Connell* trepó sobre la escotilla, sin fijarse que ponía uno de sus descriptos piés sobre la carta de navegacion que no pudo retirar á tiempo el capitan.

Aquel espectáculo era hermoso y tenia un tinte verdaderamente mitológico. Parecia una especie de Olimpo en medio de los espacios; y su héroe una especie de Júpiter tonante ejerciendo su mandato en los dominios de Neptuno.

Todas y todos se prepararon á escuchar—El orador escondió su mano izquierda bajo la solapa de su lustrado paletó; y bajando la barba hasta tocar el pecho, y alzando la vista para mirar al auditorio y para mirar á los lados sin girar el cuello, recursos todos de táctica oratoria adaptada á sus formas arquitectónicas, dijo al fin la palabra suprema y ansiada; y como si dijéramos la overtura, la sinfonia de aquella representacion social que tenia por foro el anchuroso mar, por techumbre los espacios, y por auditorio la multiforme creacion de los cetáceos, y el coro de propagandistas que con tanta admiracion lo contemplaban.

—Escuchad, dijo, y meneando el dedo índice con actitud de amenaza bondadosa, continuó—escuchad, capitan; escuchad inteligentes damas. . . Voy á probaros, capitan, que bien puedo mandar el *Anagnosia*; voy á demostraros, señoras, lo que es la enciclopedia con brazos y piernas (*arms and legs*) ataviada con la toga romana ó con el *pale-tù yankee*. (Aplausos—repetidos aplausos)—(Parte de la tripulacion de reemplazo asoma la cabeza)—El orador continúa—

—La náutica, señoras, es la ciencia de la navegacion (*bravos*)—La aguja magnética descubierta por Numa Pompilio, es la gran base sobre que reposa la direccion de la nave (*murmullos de aprobacion*.) El timon es la pieza jefe que obedece á la voluntad del hombre; luego conociendo la náutica como la conozco; penetrado á fondo del fenómeno magnético resuelto con la mas feliz aplicacion; acostumbrado á imprimir la voluntad de mis combinaciones, no digo á frágiles tablones, sino á la formidable nave de

los Estados, habeis de convenir, amables y sábias gentes, en que colocado á la popa de la *Anagnosia*, puedo dirijiros como Juan de Austria al centro de las colisiones navales; como el viejo Cristóbal á la descubierta de tierras desconocidas; y os diré, asumiendo mis geniales formas oratorias, . . . como los argonautas en busca del vellocino de oro. . . .!!

—Muchas voces—Bravo!! Bravo!! *That is á beautiful word by Good!!*

El hombre que nace con la chispa del génio, es como ese oceano que contemplais: infinito!—Tiene la intuicion de todo y hasta de la ciencia misma, porque crea la ciencia.

¿En dónde he estudiado yo? En ninguna parte!! Y ya veis si sé algo, eh! Nadie me ha enseñado, pero yo he vivido creando (*aplausos*)—En las ciencias abstractas, en la literatura, en las armas, en los parlamentos, en las embajadas, en los ministerios, en todos los ramos del saber humano está el sello de mi inspiracion ó de mis reformas; y desde la mision de la hormiga hasta la del elefante, la voy llenando con el aplauso del mundo; y digo del mundo, porque me he creado justos derechos académicos en ambos hemisferios: en América, en Europa y hasta en Africa. Hablo, pues, así, porque tengo derecho de hablar (*aplausos*.)

Os he nombrado al Africa: allí, al frente de las legiones suavas le hice rectificaciones muy oportunas al mariscal *Bougeaud*; rectificaciones que anotó en su táctica para cambiar el sistema de aquella guerra gigante. ¿Creis que la fatuidad me impelia? No, amadas señoras mías. No conozco esa pasion pequeña. Es que desde muy temprano aprendí á vencer como el hijo de Filipo, y aprendí á meditar como Séneca (*aplausos estruendosos*)—(*salta un pescado abordo.*)

En los estudios favoritos de Buffon no he escrito sino algunas líneas; pero he hecho practicamente mas que él. He sembrado la tierra de quintas modelos.

Como reformador, ya os he dicho la revolucion que provoqué en la lengua castellana.

—Decid i *Miss Pen*—

—*Miss Pen* repite—*ai. . . .*

—Decid ahora *i griega*.

—*Miss Pen* repite con dificultad *ai grec*.

—Eso es, eso es, exclama el orador. Ahora notareis que el sonido es el mismo, con el agregado inútil del *grec*. . . ! Pues la suprimí del alfabeto como debieran suprimirse á muchos majaderos, y merecí el *hosanna* de los hablistas.

Como educacionista he inundado la tierra de artículos profundos recomendando los métodos mas eficaces; y ya habeis visto en las sensatas exposiciones de mi sábia amiga Da. Juana Bravo, el éco retumbante y dilatado de mi prédica.

Como político hablan mas que yo mis obras. He tenido la gloria de trastornar muchos pueblos, desde el que me vió nacer hasta los demas que me han mecido en sus brazos. He sido el Lutero de la reforma en los principios y la organizacion de mi pais, y vosotras sabeis, señoras, el lugar culminante que he ocupado en la *Casa Blanca* y el juicio que en la union he merecido.

Como guerrero he tenido la hora de mostrar á mis contemporáneos como se preparan y como se mandan los ejércitos de reserva; y tengo fé todavia en que voy á probar como se lanzan las grandes masas en las guerras de invasion, de asaltos y de zapas. (*Bravo, bravo!*)

Como filósofo he ido mas adelante que muchos, y tanto como Temístocles. Hubo un dia fatal en que un deslenguado se atrevió á descargar su palo sobre esta cabeza . . . (*horror! horror!*) Pues bien ¿ creis que respondí á los golpes con otros golpes?—No tal! *Pega, pero escucha*, le dije; y el cobarde agresor, herido con el hierro de mi voz . . . bajó su palo. ¿ No procedí como Temístocles en análoga circunstancia? Porqué me excederia pues el sábio griego en renombre?

¿ No veis, por conclusion, que un pueblo entero, que una nacion eminente me llama á gritos; me ruega; pone en mí sus esperanzas y vá á entregarme su suerte, su porvenir, sus ejércitos, su hacienda, sus infortunios y su fé?—¿ Qué os dice ese hecho, amables Miladies? Os dice que cada época tiene su representante, su encarnacion, su Mesias!

Bien, pues, yo soy ese predestinado, y sucumbiré en la tarea ó triunfaré de los obstáculos.

Por eso os traigo conmigo, ilustres matronas, mimadas señoritas; para que compartais conmigo la tarea de civilizacion que me impongo, para que me ayudeis á difundir á torrentes los conocimientos humanos. Por eso os he arrebatado á los honores del capitolio, para ofrecerlos las tribunas de un pueblo republicano, para infiltraros en el seno de las familias, para sembrar las costumbres, para que reveleis de todos modos la importante mision de la mujer libre! (*Bravo! bravo! hurra!! hurra!!*)

El orador fatigado bajó de la escotilla en triunfo, concluyendo en la plataforma sus últimas palabras....

—Algunas horas mas, Miladyes, y vereis el vasto horizonte que se os abre....

A estas últimas palabras no pudo contenerse el auditorio femenil, hirviendo en entusiasmo.

Se arrojan á su cuello, lo ahogan á abrazos, lo besan, lo estrangulan; y el sensible Sarmita baja la cabeza, y procura defenderse del avalanche de entusiasmo que sobre él se desploma.

Miss Pen, que le lleva medio cuerpo, le arrebató la gorra, y sin mas trabajo que doblar el cuello como la graciosa cigüeña, depono su ósculo respetuoso sobre aquel cerebro bendecido.

Uno de los viajeros, en medio de su transporte ha sacado su acordeon, que viene á agregar combustible á aquella hoguera de pasion; y las damas, tomándose unas con otras, y como empujadas por la enagenacion de su júbilo, se toman de dos en dos, y se lanzan en brazos de una polka de *punta y talon* que hace estremecer la cubierta.

El héroe de aquella escena sublime se ha quedado un momento solo y balbuceando palabras incoherentes é ininteligibles, especie de ronco sonambulismo, se acerca al acaso hácia el timonel que maneja la rueda con robustos brazos. Se inclina un poco; mira las bitácoras.....

—Estupidez! Estupidez, exclama—; El mismo rumbo! Este animal de *Madmaster* está obstinado en perdernos...

Eh! fuera....le dice al timonel con aire terrífico....

Salid de ahí majadero! y cojiendo la rueda él mismo, la hace jirar con rapidez buscando su anhelado *cuarto al Este*, de que no habia hecho por lo visto mucho caso el capitán.

El movimiento súbito de la rueda hizo virar de golpe al *Anagnosia*, que se tendió de costillas, navegando con una sola rueda.

El peligro era inminente! Las damas prorrumpen en un grito desgarrador y ruedan por la cubierta. Los pasajeros de cámara aterrados y casi desnudos salen de sus gabinetes pidiendo socor o! socorro!. . . .

El Capitán que mometéaneamente habia descendido, vuela en dos trancos al timón; se prende á la rueda que el Sarmita no quiere soltar, disputando su *cuarto al Este*, pero el capitán mas fuerte y mas pujante logra enderezar el buque. . . .

La nave se ha salvado, pero el ilustre timonel persiste en no dejar su puesto: el Capitán con aire seco ya, le reclama, le intima, pero la enciclopedia en paletó esta aferrada como la ostra á la roca y no hay forma de sacarlo de allí sino á pedazos.

—Excelencia! reportaos, ponéis al buque en peligro!

—Este es el rumbo. Dejadme! Es para llevaros á puerto. Vos no conoceis esta region tropical. . . .!

—Esto es sério Excelencia, y me veré precisado á usar de la fuerza. . . .

—Os haré ahorcar dentro de algunas horas. . . .

—Señores, sed testigos de mi prudencia. El buque está en peligro. . . . se pierde y perecemos todos!

—Misericordia! esclaman las señoras; y caen de rodillas con sus brazos tendidos pidiendo al obstinado Caron abandone el timón de la nave. Pero esas lágrimas son inútiles. El *cuarto al Este* es una reforma y las reformas se sostienen con la lucha.

El Capitán, *in extremis*, hace señas á los marineros, que le obedecen. Estos, sin vacilar se lanzan sobre el héroe de aquella escena de desolacion; le tienden en tierra y le ponen un chaleco de fuerza. . . .

—Perdonad, Excelencia, perdonad, le decia el Capitán:

perdonad! si tengo que conducirme de esta manera con el respeto debido, pero me lo aconseja la salvacion de tantas vidas. . . .

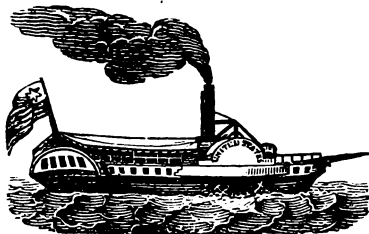
—Infame! Miserable! Imbécil marino! gritaba el Sarminta, procurando desasirse de sus tiranos. Ya escribiré yo á Johnson; ya pediré al consejo de marina que os ajuste las cuentas, si no se me antoja ahorcaros del primer ombú con que tropezemos.

Pero el capitán que habia tomado su resolucion, salvo los respetos de la Excelencia, lo hizo conducir con magestad en brazos de los marineros á un camarote, en donde fué encerrado.

Las damas, con asombro de todos no chistaban, ó mas bien cuchicheaban entre si en voz baja, pero sin dar muestras de vehemente despecho contra la accion temeraria del Capitán.

Los instintos de conservacion tenian en sus tableados ó rollizos pechos mas éco que los ruidos del prisionero; y aparte de los impulsos de admiracion, se felicitaban de verse salvas. . . .

Poco á poco se deslizaron hasta la cámara. El silencio fué haciéndose mas uniforme; y el *Anagnosia*, cortando el mar con doce millas por hora, siguió navegando rectamente en rumbo al Sud-Este.



CAPITULO IV.

TREGUA.

Dejemos por un momento entregados á su suerte, ó preocupados de sus negocios á los personajes con quienes tenemos ya relacion, y apresurémonos nosotros á echar una mirada sobre los sucesos que se han producido en la vasta region que recorreremos, preparados por la intriga, incitados por el error, y enmarañados y oscurecidos por la debilidad.

Nuestra digresion en nada perturba la marcha que van siguiendo, mas ó menos torcida, las notabilidades del poema ; porque todos, en resumidas cuentas, caminan á un fin, y hemos de hallarlos otra vez en esa especie de via Apia que conduce al Capitolio de las supremas aspiraciones.

Dejemos al oráculo enciclopédico del *Anagnosia* bien amarrado en su camarote, en donde no puede ofender ni ofenderse, lanzando imprecaciones contra el gefe de piratas que lo encadenaba, retirándole sus favores, y condenándolo á renunciar el encumbrado puesto de almirante con que iba á investirlo al llegar á la tierra prometida y apoderarse de su ínsula Barataria.

Apartemos la vista de aquella jaula de sirenas en medio del mar, sin liras y sin ofrendas, que mústias y achicharradas no se atreven á decidir entre la elocuencia ejecutiva del capitán *Madmaster* (á que *in pectore* se inclinan) y los respetos hollados de su Mentor y de su ídolo, que hondamente lamentan.

Dejemos seguir su áspera marcha al pobre caballero que conocimos en la *Cabeza del Tigre*, que, magullado y ligeramente herido, es conducido en calidad de prisionero por los satélites del general interventor. Ni el polvo divisemos á aquel valiente Jaime que corre de día y de noche para llenar con gozo de Catalina, su atrevida mision; y no escuchemos la queja melancólica de esta virgen del desierto, que suspira como la tórtola solitaria en los crepúsculos de la tarde, que enjuga á escondidas una lágrima en su inseparable pañuelo, y que mira anhelante cien veces por día la ruta que siguió el objeto de sus congojas.

Para que hemos de ir á mezclarnos é interrumpir el activo movimiento que se nota en el altivo palacio que conocimos la noche de la famosa entrevista; ni porque hemos de preguntar la causa de aquellas entradas y salidas de tantas gentes de distinta condicion y pelaje, de aquella multitud que espera en los corredores, de aquel servicio á vapor de los ayudantes militares, de aquellas frecuentes llegadas y partidas de chasques, de aquellos carruajes que se van y de los otros que llegan, de aquellas conferencias concedidas por el opulento general á unos y á otros; estas mas breves, las ótras mas detenidas, pero todas en aire de locomocion.

No hay duda de que algo pasa de extraordinario, que algo de gravedad ocurre. Esto es evidente.

¿Pero que nos importa?—Le oimos con indiferencia la voz al opulento propietario del palacio, que dice á un caballero á quien despide.

—No tengais duda. . . . Me quieren flanquear por el Norte! Acumulan fuerzas en mi frontera; me mueven revueltas en la vecindad; se me quieren meter en casa. . . . pero no sueñan que entré primero en la suya; y que en último caso estoy preparado para recibirlos. . . .

¿Para que queremos saber mas? Atengámonos al hecho consumado, que es la última teoria de elástica ciencia política, y esperemos! Si, esperemos; pero entretanto prosigamos el exámen de la situacion general de las cosas que es premisa indispensable.

El vasto pais que recorreremos es hermoso como el pa-

raiso, rico hasta la exhuberancia, extenso hasta el asombro: muchos imperios pudieran caber dentro de él. Seguramente la Francia, la Italia ó la España cabrian dos veces. (1) Vejetacion, montes, llanuras, todo es colosal; todo está ahí ostentándose como una provocacion ó como una queja á la industria anhelante.

Riqueza mineral, productos asombrosos; el mármol de elaboracion ó de escultura, las plantas medicinales, el algodón, los cereales espontáneos; toda esa multitud de materias de gran precio, que forman el alimento del comercio y la riqueza del mundo en todas las épocas y todos los siglos, desde Tiro á la Gran Bretaña: todo eso duerme olvidado, y sus dueños naturales lo miran desdeñosos como á las maciegas que les estorban el camino.

Los abiertos mares golpean sus costas silenciosas; los rios mas grandes del mundo lo cortan y serpentean bañando con dulces aguas millares de leguas, conservando la frondosidad y el verdor de millares de islas; archipiélago infinito que podria ya señalar una sexta parte del mundo; especie de Polinesia fluvial extendida por los inmensos canales como un primor de la naturaleza: verjeles mitológicos donde la realidad supera á la fábula; donde mana la leche y la miel del Olimpo; donde la fruta de los árboles silvestres se entreteje con las floridas enredaderas de millares de formas y de colores, que el amor misterioso de las especies unifica y ajusta en un vínculo fantástico, para producir un encanto de sombras cariñosas y de perfumes embriagadores.

La riqueza ganadera asombra; y en muchos millares de leguas cuadradas se esparcen millares de ganados de diversas especies, con que se abastecen en gran parte las fábricas de Europa y las necesidades primeras de distintas naciones del globo.

Y sin embargo, no os asombre. . . Los dueños de esta

[1] El pais que recorremos tiene unos 2450 kil. de Norte á Sud sobre 1750 de anchura.

La Francia tiene 1064 kil. de largo y 924 de ancho.

La España 1100 kil. de largo y 600 de ancho.

La Italia 1300 kil. N. S. diagonal por 500 de anchura.

tierra son pobres ! No os asombre, repetimos ; esta inmensa zona, preciada y opulenta, está poblada apenas con un millon y ochocientas mil almas !!

¿Cuáles son las causas ? preguntareis lector incrédulo. Pero esta vez no definimos logogrifos sociales, ni resolvemos problemas económicos.

Lo que podemos asegurarnos es, que las poblaciones viven mas que comodamente, nadando en esta superficie infinita, como vive el conserje en un inmenso y despoblado palacio, como va el pasajero solitario en un omnibus inmenso, como viven los pocos frailes de la comunidad en esas cartujas que parecen ciudades edificadas en siglos.

¿Pero hay una industria favorita y adelantada ? ¿Hay algunas fábricas ? ¿Hay algunos medios de convertir las materias primeras de su produccion en objetos elaborados de cambio comercial ?

¡Hola ! Eres curioso, impaciente lector ! Pues sabed que no hay nada de eso ! ¿Pero en fin, de que se ocupan las gentes ?

De la guerra ! . . . Sea en horabuena : es una ocupacion como cualquiera otra. Es una evocacion de la índole de otras civilizaciones muertas ; pero eso mismo trae aparejada la necesidad del desarrollo moral y material. Tendreis grandes pensadores ; eminentes generales, escuelas científicas, astilleros, fundiciones ; todo lo que las guerras del siglo exigen para responder á los principios de la táctica moderna y al adelanto de las armas.

Todo esto se ha creido hasta ahora innecesario : todo esto se busca fuera : se compra : materiales é ideas se buscan en otros mercados. Lo que quiere decir que en la tierra de los combates no se ha aprendido á construir un fusil, ni á conservarlo ; no se ha aprendido á forjar una espada, sino á emplearla.

Si se precisa un buque de vapor se compra el peor y el mas caro ; si se precisa quien lo mande, se alquila un Nelson en cualquier tripulacion de cabotaje con tal que balbucee la lengua de Colon y de Vespucci ; si se necesitan ingenieros, la Alemania y la Polonia son nuestro almacen, y teniendo pieles las vacas y lana las ovejas, á buen seguro

que carezcamos de materiales selectos y de ideas adquiridas.

En cuanto á nuestro caudal de pensadores, es considerable; todo el mundo piensa. Raza meridional en donde la inteligencia es un dote comun, los talentos abundan y la imaginacion deslumbra. Pero desgraciadamente se piensa demasiado de prisa, y sucede lo que es consecuencia de esa misma exhuberancia de concepcion; es decir, que al dia siguiente nos arrepentimos de lo que ayer sostuvimos con calor, y andamos buscando á quien echar las cargas de nuestra liviandad. Comparad los discursos de los oradores de hoy con los de hace tres años; comparad los escritos de la prensa; y os explicareis el fenómeno climático que os he resuelto acerca de nuestros pensadores.

Si venis á investigar el alcance y la talla de nuestros capitanes, vereis que todas nuestras combinaciones se cifran sobre el arrojo y el valor de los soldados; y que si algunos han querido hacernos entender que traducen su preconcebido cálculo en la tabla del ajedrez ó en el conocimiento y apreciacion de la historia en guerras análogas, han trabajado para ponerse ellos mismos en evidencia, haciendo completamente al revés de lo que su observacion, su estudio y su censura les aconsejaban.

Pero acabamos de decir una gran verdad: el distintivo esencial de esta nacion que recorreremos, la base manifiesta de la grandiosidad de su historia; el pedestal de su existencia, es el espíritu fuerte de sus masas, el inmenso valor cívico de sus hijos; la abnegacion espartana de su índole.

Ya lo veis; su poblacion es mínima, pero nos recuerda aquel puñado de trescientos griegos que contuvieron con sus pechos el empuje de las legiones persas. Son pocos, pero su historia es fecunda; su espíritu es de hierro! La han escrito con prodijios de tenacidad y de bravura, luchando contra la naturaleza y contra el plomo; similes que han enaltecido hasta lo ideal los cronistas del Emperador Napoleon I^o en sus primeras campañas sobre Italia.

Estas masas han compartido sus fuerzas en conservar esta riqueza genial y en acrecentarla; en sostener los com-

promisos de honor con las armas; y esta ruda tarea, sin que compensacion alguna reportáran, se triplicó cien veces en las luchas intestinas, provocadas por unos con el ánimo poco humanitario de extinguirlas, y por otros, con la idea egoísta de precipitarlas en desbordes reaccionarios.

Expliquémonos mejor.

Dos partidos políticos se han compartido desde muy atrás el derecho de preponderancia. El uno agresor, inquieto, vacío; se hizo el telégrafo de las exajeraciones extrañas, con el derecho de una mentida precocidad de ideas; y con este juicio pretencioso que se adjudicó á sí mismo, se lanzó á la demolicion de un órden de cosas sin sustituirlo con nada. En su ardoroso frenesí, levantó los primeros patíbulos; y lanzó un grito de reto al espíritu público y á la conciencia nacional, lastimada en sus derechos, en su moral y en su misma conservacion.

Trabòse el combate fratricida: hicieronse dos campos; y el espíritu suspicaz de audaces caudillos explotando con fortuna los errores de sus contrarios, ó mas bien la justicia del pueblo sublevada, supieron mañosamente envolverlo en luctuosos excesos, sobre los cuales fundaron una larga y horrenda tiranía.

Esta negra baudera se alzó triunfante y amenazadora con su férrea unidad de poderío; y el partido que la habia provocado, que la creó, que la rodeó de fuerza legítima, se condenó á un voluntario ostracismo, arrojando sobre el país entero un estigma de oprobio, por la paciente resignacion con que soportaba un yugo que los agitadores y los anarquistas habian en realidad forjado.

Esa lucha subsiste diseñada en caracteres muy marcados. El elemento nativo del país por una parte, que es la mayoría, que es propiamente el pueblo; y la fraccion movediza que continúa representando las exajeraciones inportadas, no las ideas prácticas; y que, dueña, por fenómenos incidentales, de un momentáneo poder, obedece á su SINO trastornador y funesto.

Pero en el fondo de esta lucha individual, tan acerba, existe una causa política que no ha mucho tomó forma legal y se erigió en principio; la descentralizacion política

de los diversos pueblos, y que ligados por un vínculo de ciertas facultades delegadas, forman su centro, su union administrativa, sin comprometer ni abdicar los derechos privativos de los Estados.

Los pueblos abrazaron con ardor este emblema de sus aspiraciones, que refleja las costumbres, las creencias, la tradicion y hasta las necesidades administrativas y geográficas de la República; y el partido agitador, con reticencias mas ó menos largas y sangrientas, tuvo al fin que abrazar una idea irrechazable, mas que por convencimiento por cálculo de supremacia, y con la idea de transgredir los dogmas políticos con imposiciones absolutistas de su dominacion.

Con efecto, los pactos de una irritante concesion, de un error, de un misterio que no queremos evocar, puso todos los recursos del pais, y su misma direccion, en las manos fervientes de una dominacion fraticida, y desde ese dia se renovaron las guerras intestinas, se rasgaron las vendas que cicatrizaban las heridas de la patria, y brotó á torrentes la sangre de sus venas.

El hierro enrojeció los campos; el fuego devoró los pueblos; y el bárbaro frenesí de una raza pujante, zañuda y valerosa se estrelló de nuevo contra su propia carne, renovando en lides de una ferocidad sin ejemplo los odios envenenados en un pujilato eterno.

El fuego hirviente de pasiones sin freno, llevó el incendio á los vecinos pueblos, destrozando nacionalidades tranquilas y florecientes; y el ensangrentado acero, mellado en las entrañas de su propia tierra se abrió paso á regiones extranjeras para desangrarse de nuevo, y quebrar el prestigio y la preponderancia de su raza en los vastos negocios y en las frecuentes controversias de esta parte del continente del Sud.

Impúdicas alianzas, ajustadas con detrimento de sus doctrinas políticas que han tendido á levantar la preponderancia de una corona irrisoria, á despertar el espíritu militar de un imperio inerme, y á comprometer el equilibrio de esta vasta region democrática, pusieron el sello de la liviandad y el cinismo, concitando la resistencia y la alarma

de los pensadores, de las masas populares, y del país entero.

La reaccion uniforme contra tamaños desquicios, contra tamaños excesos, contra el furor de la guerra interna, contra las alianzas impúdicas, contra la guerra exterior, estéril y sangrienta, contra la imposicion del absolutismo, contra el silencio de las garantias políticas, contra el favoritismo de unos y las cargas de otros, contra la explotacion, contra el despilfarro; la reaccion consiguiente decimos, que lógicamente se sigue á toda accion violenta, comenzó á producirse con fenómenos increíbles y con escenas vergonzosas.

Las asambleas supremas que consagraron esas alianzas inmorales, que proclamaron esas guerras exterminadoras, que vaciaron con débiles concesiones las arcas públicas, que miraron impasibles los excesos internos; esos *conscriptos* acomodaticios, débil y cobardemente retroceden; y cómplices ante la patria y ante la civilizacion de las mismas culpas que motejan en medio de su vergonzosa palinodia, pretenden á última hora erijirse en fiscales y acusadores del gefe de su partido y de su nacion, que tiene sobre ellos el derecho de mirarlos con desden, y tiene ante las exigencias del honor el título de haber arrostrado el fuego y la metralla.

La prensa, inspirada en cálculos de conveniencias, éco inconsistente de una propaganda del momento, varia tambien empujada por el viento de nuevas y encontradas pasiones.

Los gobernadores de las fracciones seccionarias, que arrastran encadenados á los tranquilos y laboriosos moradores á las hogueras de una guerra sin perspectivas, se asustan de su misma impiedad, queriendo dar tardia reparacion con su inercia cobarde, pretendiendo vindicarse con la algazara de nuevos propósitos; con la expiacion de su deslealtad y su infidencia.

Un poco mas y vamos á pintar el caos! Detengámonos ya. Limitémonos á bosquejar apenas la superficie de una situacion política.

Es la hora de la crisis; y en medio de ella viene á sor-

prender al pueblo la hora suprema en que debe entregar á otros tutores el arca de sus destinos y la suerte de su porvenir.

La voluntad espontánea de los pueblos no es un misterio. El sentimiento uniforme guardaba para ese instante anhelado la reparacion de sus conflictos. Todas las voluntades y todas las esperanzas lanzan un grito unísono, buscando en el corazon de su primer caudillo la respuesta de su voto sublime.

Era el primero de los campeones de su causa, que descubrió para la patria horizontes luminosos. Era el primero que habia lanzado para ella un lábaro de principios. Era el primero que habia hecho amar la fé de las creencias, en el decálogo de los hechos y en los altares de la ley.

Era el hombre fuerte, el Atlante, que habia levantado entre los aplausos y el amor del pueblo, el templo inmenso de una nacionalidad reconstruida.....pero que no supo sostenerlo y lo dejó caer en mil pedazos, presa del vértigo de culpables errores.....!

El pueblo confiado, dirigió la voz á su patriarca y á su amigo; pero el patriota no respondió al grito de la patria.

Tardias y vacilantes respuestas, sin la firmeza de un color resuelto, llegaron luego entre las precauciones del misterio á la conciencia del pueblo, que, desalentado, entristecido, marcado y confundido por la doble influencia de la fluctuacion de su gefe y las intrigas de sus contrarios, no puede ya responder del éxito de sus primeras manifestaciones, del triunfo evidente de su causa, puesto en peligro mas inminente aun por las fluctuaciones postreras de su indefinible caudillo, y por las intrigas redobladas de sus perseverantes opositores.

Sus contrarios, en tanto, obedecen al fatalismo de los partidos preponderantes, que es la ley absurda de las victorias arrebatadas; se dividen en el poder; hacen dos campos; distinguen dos intereses, combatiéndose con las armas de la prevaricacion y de la apostasia de los unos, con los recursos del poder legal de los otros.

Lanzan á la arena sus descoloridas banderas, que como mùstias y desconocidas enseñas no pueden flotar al viento

generoso de la opinion ; pero convencidos de su impotencia, van unos tras otros á golpear las puertas al poderoso caudillo buscando con afan la alianza de su influencia ó de sus debilidades.

El opulento general comparte la una y las otras. Combina un pacto con la legalidad, cuyo resultado se deja adivinar á la avidez del pueblo, que lo traduce por el prisma de su preponderancia ; pero á última hora cede á la instigacion de sigilosas y falaces promesas, que acepta como prenda de unidad y de paz entre los partidos y entre los pueblos.

Falaces promesas ! que como una piedra fatal han arrojado en el camino de las reparaciones manos débiles y temblorosas, que no podran sostener el dique en que vayan á azotarse las ondas desordenadas de la pasion popular.

Esas transacciones han quebrado desde luego la unidad del pueblo, y las contradicciones sucesivas de esas transacciones, han sustraído del caudal de la opinion uniforme, multiplicadas fracciones.

La crisis viene á ser entónces mas violenta, y el desenvolvimiento de ella mas tenebroso.

Entretanto, la primera fraccion no satisfecha de sus medios transigentes, agita las hebras eléctricas que mantenía tendidas en diversos rumbos ; y los elementos que le obedecen responden al instante con la continuacion de sus trabajos demoledores.

Revive la lucha : la lucha de zapa y de exterminio ; no ya con la seguridad de propiciarse el triunfo, sino de impedir las ajenas victorias ; y vemos renovarse el sacudimiento de las revoluciones, y levantarse fuerzas regladas y bien armadas que obedecen autoridades reconocidas y acatadas.

No se trata ya de reducir al opulento caudillo, sino de combatirlo de frente. De combatirlo con la amenaza de elementos activos, y preocuparlo con peligros que se evocan sistemáticamente para restrinjirlo á la necesidad de concentrarse en su inmediato dominio.

La segunda fraccion utiliza los elementos de la primera, en la parte y en los propósitos que les son comunes, con

respecto á la hostilidad dirigida contra su formidable enemigo; pero ambas parcialidades se destrozan con sus extremas combinaciones. La mas débil, predisponiendo la suprema asamblea en contra del poder oficial, y esparciendo contra él una ardorosa propaganda de desprestigio, aun á costa de su propia honra y de su propia conciencia.

El poder legal se defiende en retirada, pero talando el campo: esparciendo sal y escombros como elemento de gobierno para su sucesor; y preparando desde ya los cimientos de una sistemática y ardiente oposicion que surjirá al dia siguiente.

Este es el cuadro de la actualidad: estos los medios y la accion de los combatientes. El gaje de la victoria. Ah! ese está escondido en los misterios del porvenir.


¿ Quien será el vencedor? No es dado á nadie leer con certeza al través de los celajes del tiempo!

Solo un hombre pudo responder YO!! á esta impaciencia de la opinion. Pero ese *yo!* que pronunciado con brio hace pocos dias, habria resonado como la afirmacion de una voluntad suprema, es tambien ahora un *yo* condicional, cuya verdad depende del capricho de los sucesos.

Ese hombre decisivo y fuerte ha visto oscilar su fortuna, y teme jugar los últimos restos de su influjo.

Quizá á estas horas mira en torno los horizontes de su poder y devora en su alma la culpa de su silencio.

Quizá á estas horas, sobre las torres de su espléndido palacio, mira como Moises desde la cumbre del monte Nebo las llanuras de la tierra prometida, y escucha á su conciencia como el Profeta escuchaba la voz de Dios.

 No llegarás hasta allí, porque sentiste flaquear tu fé; y Josué será el llamado á repartir al pueblo de Israel la tierra de Chanann.

¿ Habrá acaso un nuevo Josué sobre el hirviente pavéz de la política electoral ?

Los profetas de esta tierra no escucharán la voz del Sinaí. Adivinen los misterios en la voz potente del pueblo, que tambien es *la voz de Dios !*



CAPITULO V.

CAMPO DE BATALLA.

La astucia y el poder van á librarse singular combate. Las huestes lidiadoras vánse convocando á la liza del torneo electoral. Viene cada cual á tomar su puesto; á ganar de antemano el lado del sol.

Las reuniones de los círculos se suceden con mayor frecuencia. Individuos de caras conocidas y no conocidas, llegan por los trenes ó por los vapores á la hermosa ciudad señalada para consistorio de la nueva proclamacion del pontificado político.

Parece que los miembros de la familia Renepont, obedeciendo á la voz moribunda del testador, se juntasen en una misma casa y á una misma hora, para conocer el desideratum de aquella última voluntad.

Habia pues, bastante animacion en la ciudad. Especialmente en la ribera y en los muelles los grupos eran mas numerosos; y cierta alegre impaciencia se retrataba en los semblantes.

Algunos carruajes con señoras y caballeros estaban en línea, pero apartados del centro principal, mas determinado propiamente á lo largo del muelle. Parecian como en descanso, ò como dispuestos los pobladores de los vehículos á gozar de simples espectadores alguna escena festiva.

Sudando y á paso precipitado, iban llegando por distintas calles algunos de esos artistas vagabundos, que con su

organito al hombro, con sus monos pruebistas y sus perros adivinos, recorren las calles de las grandes poblaciones y hasta de las aldeas.

Parecian congregados con la promesa de algunos reales; y por lo tanto iban tomando colocacion en línea á lo largo del muelle. Indudablemente alguna mano interesada dirigia aquella ceremonia, que por lo visto no tenia ningun carácter de manifestacion oficial, sino al parecer meramente espontáneo.

Los muchachos que están siempre en mayoria en los parrajes públicos, corren de un lado á otro con sus gritos y remedos del pito de los vapores.

—¿Qué pasa? Qué significa esto? le preguntaba un viejo al parecer desorientado á una especie de gañan, tipo gallego puro, que se hallaba recostado á una reja.

—Que se yu. . . ! Dicen que ha llejadu el Presidente. . . .

—¿Pues que se habia ido del país?

—Eh! qué se yú: jai está el barcu—y señalaba un hermoso vapor fondeado en el puerto.

Interrumpió este diálogo el ruido de un lujoso carruaje, tirado por cuatro caballos que llegó abriéndose paso y se colocó en lugar preferente.

—Es el Gobernador, decian unos paseantes: es Alsibiades decian otros, con alguna mas familiaridad; y en efecto, asi que el lacayo abrió la portezuela, se vió descender á S. E. dando la mano á una dama de abultado continente, y que con no poco trabajo hizo alcanzar su corta y rolliza pierna del estribo á tierra firme, inclinando como el plato de una balanza la caja del carruaje.

—Pesadita está Missis Bravo, decia un chulo reconociendo á la matrona en exhibicion.

—Tate. . . . Si señor. . . . es Missis Bravo. . . . agregaba otro: y vean ustedes como se le enjareta en el brazo á Alsibiades.

—Le ha llegado su turno: está en predicamento.

—Y quien es esta señora? Preguntó un hombre sério, indudablemente estrangero por su acento.

—Esta señora, le contestó uno de los interrogados, es una criolla neta con aspiraciones sajonas: una de las ilustra-

ciones femeninas, una pensadora insigne, una educacionista famosa, un asombro. . . .

—Ah!esclamò el estrangero abriendo la boca y poniendo el lente á Missis Bravo.

Estos y otros diálogos por el estilo se sostenian por aquí y por allí; pero repentinamente la atencion general se dirige á otro punto: se dirige á la ribera: todos caminan hacia allí aceleradamente, otros corren. . . .

—Vamos. . . .decian unos.

—Allá vienen. . . .Exclamaban otros. . . .y continuaban en tumultuosa procesion.

Con efecto se veia llegar á la escalera del muelle á la hermosa falúa de la Capitania impelida por ocho remeros; cuajada de gente, predominando el número de damas que era crecido.

Trás la falúa venian dos lanchas cargadas con objetos abultados

Bien venidos!!..Son los pasajeros del *Anagnosia* que desembarcan en la tierra prometida!!

Es el campeon de las esperanzas de un pueblo, que viene arrastrado á las tierras bendecidas por el fluido amoroso de la nacion!!

Que viva! vivaaaa!

El pueblo es todo ojos; todo curiosidad.

·Unos círculos se mantenian á cierta respetuosa distancia y riendo á carcajadas.

Otros lanzan á los burlones miradas terríficas.

Se hace una inmensa rueda, espesa, cuajada de cabezas. La rueda retrocede. El campeon de las esperanzas color de rosa, ha puesto sus juanetes sobre el último peldaño.

—Sadud, pueblo querido! exclama descubriendo su desprovisto cráneo.

Viene el elocuente *Sarmita* en un traje distinto del que le conocimos abordo.

Viste un paletó gris con cuello de pieles color chocolate, que rodean los bordes de la pieza á estilo húngaro, y que hacen juego con la gorra kepí (que conserva) y adornada

con dos brillantes presillas de fondo negro sobre los hombros.

Por la primera vez se ha lavado la cara á las orillas de la tierra natal; y la friccion de los mejunjes químicos, han dado á su rostro un sonrosado que tira al color de ladrillo claro.

Alsibiades; el personaje del lujoso tren, se abre paso, que ninguno estorba; y con cara placentera se dirige al ricién llegado: abre los brazos: el *Sarmita* hace otro tanto; y ambos, dándose el recíproco dictado de *grande y buen amigo!* se cierran en un lazo estrecho de fraternidad. . . .

No bien se desprende y ya está encima Missis Bravo! Le cae encima, lo estrecha con monstruosa efusion y le besa la frente con tal espontaneidad, que el ósculo retumba como un éco que la poblacion recoje y aplaude.

—Al fin llegasteis!! Al fin estais entre nosotros, esperado Mesias de las almas ilustradas!

El *Sarmita* aunque algo sofocado, vá á hablar. La dama se lo impide. . . . Ella tiene la palabra. . . . No la cederia por todo un Potosí!!

Toma vuelo; se retira un tanto, y con entonacion declamatoria, con lágrimas que abundantes corren de sus ojoscárdena de emocion, dice. . . .

—Señores! No es Cristóbal Colon, armado de la cruz del calvario que pone su planta sobre la tierra de San Salvador! No es el intrépido Cortés que quema sus naves sobre las costas de Méjico para hacer con el sable la redencion de la barbarie desconocida! No es César disimulando su histórico tropezon en la tierra de Africa, y exclamando *ya te tengo!* Nada de eso: es el redentor moral; el hombre que con el silabario ha hecho la civilizacion de un mundo; y que con el silabario completará nuestra civilizacion porque, desengañémonos, este es el siglo de las letras, y nadie ha dispuesto de ellas como el héroe que saludamos. Ese ha sido su ejército; y con la influencia de esos veinte y siete apóstoles, salvo dos nulidades que arrojó de enmedio de su falanje, se ha conquistado los puestos mas eminentes, y el puesto encumbrado que su patria le discierne!

Bien venido seas mil veces! Oráculos del paganismo,

huid! Monstruo de Delfos, escóndete! Lumbrera del universo moderno, tu reinado se consagra en un dia de inmensa justicia al mérito!

Mientras se acercaba á la terminacion de su *speech*, la señora agitaba su pañuelo por detrás de su espalda.

Era una señal telegráfica dirigida á los músicos alineados: un mandato de aquella Euterpe elocuente á sus legiones mecánicas.

Con la última palabra la banda de ambulancias se acerca; ocupa el centro; y aquella música evocada de las cajas á real la pieza, estalla con una originalidad digna de la escena.

¡ Santo Dios!

Uno prorumpe en una *polka* animada; el otro ha embesitado con un andante de la *Norma*; el de mas allá despide una picante *habanera*; cual el coro de brujas del *Macbeth*; cual el esforzado allegro *Matre infelice*.

Y todo este alboroto, esta barahunda de armonias en descomposicion, estruendosas, confundidas, encontradas, hacen un efecto estridente, una especie de parodia monstruosa, un *pandemonium* infernal: una especie de Babel desencadenada para arrojar al caos la lengua de la inspiracion y de las armonias.

Los monitos, entre tanto, vestidos con sus blusitas, y armados de sus juguetes, habituados á obedecer á ciertos sonos familiares, comienzan sus brincos, sus muecas, sus saludos, excitados por la atraccion peluda al héroe de la fiesta; y uno de ellos, escapando al terror de una mirada de su dueño, huye, dá un brinco, y se para sobre los hombros del campeón del silabario; que con indignacion y repugnancia se lo desprende de encima, no sin dejar marcado el surco de la uña cinocéfalá cerca de la nuca.

Los perritos, que son una monada, bailan y ladran á un tiempo; y ese ladrido es una especie de tiple mezclado á la majestad de la orquesta.

Los muchachos gritan, corren y apedrean.

Las gentes rien á carcajadas. Otros aplauden con frenesí; y el muelle famoso, es una especie de caos, una especie de cataclismo, una especie de juicio final.

Las *Ladyes*, entre tanto, se balancean como entre un gallinero en la lujosa falúa, estáticas de asombro en presencia de esa inexplicable recepcion; pero á una seña del ilustre *cicerone* suben precipitadas la escalera, y desfílan á tomar colocacion, con sus canastas colgadas al brazo, con sus paraguas, con sus jaulas de loros y papagayos, seguidas de los personajes masculinos conducidos á estas playas por el *Anagnosia*, y por cuenta y riesgo de su héroe.

Missis Bravo, que hace, como si dijéramos los honores de la casa, se avanza con elegantes modales y risueño semblante á recibir á las femeniles argonautas.

El *Sarmita* sabe cuanto importa poner á sus protegidas bajo el amparo de la ilustre publicista: y comienzan las recíprocas presentaciones.

—Aquí teneis á *Missis Bravo!* . . . la primera inteligencia de este pais. . . La elocuente oradora.

Miss Pen; os la presento: será vuestra compañera de tareas.

Missis Bravo le tiende la mano; se empina, mientras la presentada se baja; y se oyen sonar los dos pares de besos de cortesía elegante.

Missis Bravo, loca de contenta, le dirige algunas palabras en mal francés. *Miss Pen* le responde en gangoso inglés: y ambas guardan silencio meneando la cabeza, como afirmacion de mútua inteligencia.

Siguen las recomendaciones del laureado *Sarmita*.

—Esta señora es *Missis Stroomboll*, profesora de obstetricia por el sistema *Rarey*. . . La pondreis en camino.

Se sigue el acompañamiento de ósculos y la lucha de las lenguas.

—Esta es la aereonauta *Mis Argiropolis Gimnas*, que promete llevarnos á conversar con las estrellas. . . *Mis Fleming*, abogada, la *Minerva*, la *Berrier* del foro de Virginia: *Missis Caliope*, concertista de fagot; *Miss Penelope* conferencista y profesora de lenguas muertas; políglota como *Miss Pen*.

No se acababan los saludos; eran interminables las ceremonias y demostraciones con cada cual.

Llegó su turno á los inmigrantes de zapato ferrado, ca-

da uno con el carrillo inflado por el depósito del buen tabaco negro; pero eso sí, la dirección cambió un cuarto á N. E. y las presentaciones masculinas fueron ya á S. E., al Sr. Alsibiades.

—Tengo el honor de presentar á *Mr. Samuel Cookland*, el *Law* de los Estados Unidos. Economista de grande alcance, que me traigo para arreglar el crédito de esta querida tierra. No tiene sino dos quiebras: en aquel país, á la tercera es cuando se hace justicia al mérito.

—El señor, es *Mr. Bulwer*, maestro de gimnasia y de pirotécnica: *Mr. Ramsay* director de la oratoria parlamentaria y gran mecánico en la fabricación del revolver—Nos prestará grandes servicios, porque trae consigo algunos cabos de cañon para enseñar el manejo de las grandes piezas; y este otro señor, *Mr. Silfid*, que viene algo enfermo y acongojado, es el primer astrónomo de la Union, á quien he prometido encerrar en un cuartito sobre la torre del Cabildo.

—Venid acá *Mr. Raspanhog*, quiero presentaros á S. E. . . . *Raspanhog*, es una especie de gigante que lleva por entretenimiento un garrote nudoso y pronunciado.

—Qué profesion tiene? preguntó con amabilidad y gracia S. E.

—Domador de fieras, respondió el *Sarmita*.

—Le daremos destino, y pronto, agregó S. E. apretando la mano al coloso.

Todas estas ceremonias al aire fresco tienen lugar entre la general curiosidad; entre la risa de unos; entre los aplausos y lágrimas de júbilo de *Missis Bravo*, y entre la algazara de la antitética música, entre el ladrido de los perros, los chillidos de los monos y la algazara de los muchachos.

Al fin terminó. . . .

Pero el pueblo ávido de espectáculos y sediento de far-
sas, comenzó á dar gritos estrepitosos de—

Viva el futuro Presidente!!

Viva el gran reformador!!

Viva nuestro ángel de la guarda!!

El *Sarmita* se descubre.

No puede resistir. . . . Su rostro está encendido. . . . Sus

ojos manan lágrimas de entusiasmo. . . . Sus lábios trémulos, balbucean palabras.

Repentinamente dá un salto y se trepa sobre una pipa detenida en el muelle.

Todo el mundo se detiene.

El héroe agita su gorro de pieles; vá á hablar.

Todo el mundo escucha

—Ya me teneis como soldado de la democrácia entre vosotros! (aplausos)

Esa legion de mujeres que me siguen y que acabais de ver pisar nuestras playas, no son mujeres. . . . son hombres, . . . [signos de sorpresa]. Son hombres. No digo por lo que respecta al sexo en sí mismo; sino porque ante la civilizacion ya no hay sexos! [aplausos.] Así como se dice para estimular la fraternidad de las naciones y de los hombres—*No hay fronteras—Todos los hombres libres no tienen sino una sola patria.* . . . Así reputa el mundo moderno á los sexos: no hay ya sino uno—*el hombre!* en que está comprendida también la mujer, que ha pasado á ser género masculino en el sentido moral por la adquisicion de los derechos y prerogativas civiles.

Todas estas damas son hombres con polleras: no lo que vulgarmente conocemos por *marimachos*, sino mujeres regeneradas por el siglo. Teneis en ellas oradoras, abogadas, cirujanas, políglotas, cuyos conocimientos van á deramarse en el corazon del país.

Este es el obsequio con que abro mi entrada verdaderamente triunfal en esta Capital.

Ahora, en cuanto á otros recursos de fuerza y de progreso, no puedo ocultaros que he sido previsor, y voy á mostraros los elementos que conmigo traigo en ese excelente *Anagnosia* que estais viendo.

Escuchad; y el orador saca de su cartera una especie de póliza en que lee como sigue:

Traigo para el alma y para el cuerpo:

25 cañones sistema Armstrong, calibre de 200 libras, con su dotacion.

16 cajones de Biblias de la sociedad propagandista.

12 coheteras á la Congreve.

60 cajones silabarios *reformados*.

10000 ejemplares de mis obras compiladas, con notas ilustrativas de *Miss Pen*.

40 cajones escritorios portátiles para caballería. . . .

200 papiros romanos encontrados en Pompella de acusaciones por *accion popular*.

Me limito, ó pueblo, á bosquejaros apenas lo mas sustancial, para probaros que no he perdido mi tiempo, y ven-go preparado á haceros fuertes y á ilustraros.

En cuanto á mis propósitos con respecto al porvenir, me he entendido de paso con ese buen hombre de Emperador; y sin mas preámbulos le he dicho “voy á sacaros del pantano.” El pobre hombre abrió tamaña boca; y yo continué con mi aire campechano diciéndole: amigo Braganza *no echeis mas pelos en la leche!* Lo que se necesita es plata; si no la teneis, pedidla; si no os prestan, robadla, porque es preciso terminar estas cosas.

Ya veis que se ir derecho á la tetilla izquierda; y que todo lo proveo para responder, mis buenos amigos, á vuestra confianza (aplausos repetidos.)

El discurso produjo en los circunstantes grande emocion.

La música y los aplausos lo saludaron: y el orador, descendiendo, continuó su trabajoso camino en medio de aquella falanje espesa.

Llegados á la salida del muelle, el galante Alsibiades insinuó á su grande y buen amigo que subiese al coche.

—De ningun modo, respondió este, retrocediendo y mirando á todos lados. Con aire imperioso hizo señas á uno de sus sirvientes, el cual habia de antemano alquilado una pareja de caballos de los carruajes de plaza, para enganchar una especie de máquina rodante, trasladada recientemente de abordo del *Anagnosia*.

Era verdaderamente una máquina con todos los honores de jaula; y quien la viese por dentro, como nos sucede á nosotros, no sabia comprender la aplicacion de algunas fuertes argollas con rollizos cordones que debian tener otro destino que el de simples adornos.

Se aproximó la máquina, y con cierto júbilo, el *Sarmita*

en persona abrió la puerta, invitando á Alsibiades y á media docena mas á que subieran.

—Señores, os pido que monteis: me dareis gusto. Este es el último obsequio que me hizo el Presidente Johnson al despedirme, diciéndome “lo tenia destinado para mi ex-ministro Stanton: usadlo vos en vuestra campaña.”

Hubieron de ceder los invitados, y sungándose por el largo estribo de hierro de seis tramos, se sumerjieron dentro.

El *Sarmita* cerrò la puerta.

—No montais vos? Le gritaban con empeño los enjaulados.

—No, mis amigos, voy á conducir el tren.

—Disparate! Subid, subid! le gritaban con desasociado: . . . Alsibiades empalidecia.

—No! ya vereis, ya vereis—y diciendo y haciendo subió al pescante, desde donde dirigió algunas órdenes con aire amistoso á *Missis Bravo*.

Conducid á nuestras amigas al *Hotel del Globo*; os las recomiendo: allá nos dirigimos.

Missis Bravo con aire de satisfaccion y júbilo indecible, rompió la marcha dando el brazo á la poliglota; y toda la carabau se puso en movimiento siguiendo á la bandada de mujeres masculinas, al economista de las dos quiebras, al astrónomo, al domador de fieras, y á los demas de la comitiva, rodeado todo ese cortejo por una multitud chispeante, que gritaba, que reia, que aceleraba el paso para no perder ningun detalle de aquella estraña escena, y de la legion de organillos dispuestos á continuar la feria en el *Hotel* de la cita.

La máquina, entretanto, se puso en movimiento, dirigida por el demócrata predestinado; pero los caballos azotados con rigor no obedecian, como estrañando aquel peso inusitado, y atravesáronse de una acera á la otra.

La situacion era crítica: el *Sarmita* redoblaba los azotes, pero la jaula no avanzaba.

Los pobladores quieren bajarse: el director se opone: y por fin, un buen hombre bien fornido se apodera de las riendas y comienza á tirar al tranco aquella mole que parecia arrastrada.

Bien pronto se incorporó á la comitiva; y toda ella y el pueblo, gritan con todos sus pulmones.

Hurra! hurra!

Viva el futuro Presidente!

Viva el rejenerador de la patria!

Viva, viva!

Los muchachos que todo lo traducen por el lado de la farsa y el desórden, gritan mas fuerte; y revelan su entusiasmo arremetiendо con una granizada de ladrillazos á aquella especie de ariete y saturando un poco á la concurrencia.

Los arrastrados se impacientaban, pero el *Sarmita* con aire tranquilo les decia desde el pescante:

—Pobrecillos! No saben mostrar su júbilo de otro modo. Es necesario que la infancia desahogue su gozo. Yo estoy ya acostumbrado: he lidiado tanto con ellos!

El cortejo llegaba ya al *Hotel del Globo*; la multitud se detuvo á la puerta. Los laureados penetraron al salon: las máquinas musicales se arreglaron por el patio, y las gentes curiosas pudieron sujetar entonces á exámen la estraña máquina que el Presidente Johnson regaló al héroe.



CAPITULO VI.

EL RAPTO DE LAS SABINAS

La hermosa *Emperatriz*, como la han llamado los poetas : la atrayente ciudad de los placeres, de la opulencia y las intrigas—está como nunca encantadora.

Ese pueblo ávido de emociones, insaciable de *panem et circenses*, discurre por sus calles de palacios iluminadas á *giorno*: inunda sus hermosos cafeés *chantains*; se divierte en sus teatros amebos, se comparte en los Clubs de recreo; y todavía queda una buena parte de la gente *come il faut* para dar trabajo á los almibarados expositores de las tiendas, y para llenar el servicio telegráfico con los corrillos de galantes mancebos que *flanear* por los cordones de las veredas.

Hasta hace media docena de siglos era patrimonio exclusivo de los florentinos el secreto de embellecer la senectud; de mantenerla fresca y atrayente con el espediente de sus coloretos, de sus pomos, de sus tintes y sus esmaltes.

• Pero desde entonces acá ¿quién ha sido el heredero de esos privilegios? Hay aquí gato encerrado!

Y si no es así ¿quien nos esplica la lozania de esta prolecta dama: de esta Ninon; de esta radiante *emperatriz*, que cuenta casi doscientos años y rejuvenece con cada dia que pierde?

¿Quién le pone los dientes y los esmalta; quién mantie-

ne el brillo seductor de sus ojos ; la frescura atrayente de su rostro ; la lozania diáfana de esos brazos voluptuosos, que subyugan y fascinan cuando los cierra con ternura y con amor ; ó que estrangulan y matan cuando los apreta irritada y nerviosa ?

Esquisita señora que repudia con mimos el ideal de Judit, pero que supera dulcemente las sabrosas coqueterias de Semíramis.

No está hoy en su día de fiesta. No viste el suntuoso manto azul recamado de albos adornos : está en su *toilette* cotidiano, descuidada y muelle ; pero sabe que está siempre hermosa.

Con indolente mirada vé á sus hijas discurriendo bulliciosas y alegres por aquí y por allí ; recojiendo sin cesar como Calipso los besos perfumados de sus ninfas.

Las hijas *son el retrato de la madre*, como dicen los adu-
lones, cuando esa madre es bella.

Ahora han dicho la verdad sin linsojear las vanidosas pretensiones. Estas lindas muchachas tienen un tipo original—La gracia de su raza, la elegancia y el *sprit* de las francesas ; la poética espresion de las italianas. Es un conjunto singular de encantos y de prerogativas ; y sin que su belleza artística sea deslumbrante, sus gracias geniales son comunes aquí á la mujer. Su locuacidad, su espíritu chispeante, no obedece á las reglas de su sexo ; y tiene prerogativas locales admitidas y consagradas como un rasgo característico.

El hombre es vehemente, decidido, valiente, hablador, bullicioso y hasta ligero. Abunda el talento, pero predomina la imaginacion ; por consecuencia las tendencias del espíritu no ahondan la investigacion, y la enseñanza es una especie de oropel muy atractivo pero muy inconsistente.

Hablan de todo y hablan con facilidad ; y hablan todos á un tiempo, y resuelven en dos minutos los problemas mas serios. Los resultados por lo comun no son los mas exactos. Todo el mundo escribe y escribe con gracia ; pero si exprimis el escrito, vereis escaparse en ether, en humo,

los desahogos de la fantasía sin condensarse ninguna idea permanente.

Todo lo externo les es familiar, solo lo propio es para ellos ignorado. Conocen el mundo de Letrone, pero ignoran la superficie y las condiciones de su tierra. Son amables, y su hospitalidad amena, mientras la fiebre, el vértigo de la política no evoca sus disidencias. Son tolerantes en principio; intransigentes y absolutos en las prácticas. Cantan hosanas inacabables á la libertad, á la independencia de las convicciones y de las creencias, pero no aceptan la disconformidad. Son inimitables mientras se les adula: intolerantes cuando se les contraria.

En una capital semejante, la vida es encantadora; por que esos mismos vacios que pueden tener valor ante la filosofía austera y exigente, son un estímulo á la vida risueña del espíritu. Bajo el aspecto social el prisma es siempre color de rosa.

Bajo el aspecto político, ese modo de ser veleidoso y movable, tiene sus ventajas para el interés individual de hombres y de partidos, pero gravísimos y lamentables inconvenientes para la existencia de una nacionalidad entera, para sus necesidades equitativas de desarrollo y de progreso.

En una sociedad semejante es muy fácil subir. Con igual rapidéz se baja. Las posiciones se improvisan con rapidéz increíble: el gran talento consiste aquí en saber mantenerlas. En ningun pueblo podrian pronunciarse con mayor propiedad las palabras de Mirabeau—*del capitolio á la roca Tarpeya no hay mas que un paso*. Eso si; en ninguna parte tampoco, tienen campo mas abierto para medrar la inteligencia y la audacia cuando van de acuerdo.

Una capital que tiene esta exhuberancia de vida propia, tiene que vivir de ella, y no le queda para el resto de la nacion sino el egoismo y la indiferencia indeliberada.

Un pueblo semejante tiene que imponerse á los demás con el peso de sus recursos y de sus exigencias: tiene que imponerse con el doble influjo de sus atractivos, de su riqueza absorbente y de su fuerza; imposicion terrible que

necesariamente quiebra el equilibrio de los derechos y de los lejítimos intereses de los demas hermanos.

Hé ahí el argumento periódico que levanta el espíritu reaccionario en el curso febriciente de su historia; y que por fin tendrá, *al parecer*, solucion equitativa con el espediente de su definitiva capitalizacion.

Pero es tiempo de dejar estas consideraciones para los hombres pensadores.

Gozemos nosotros en la continuacion de nuestro paseo por la hermosa capital, que está radiante, iluminada por millares de picos de gas, por los focos de luz espléndida que alumbran las lujosas tiendas, y que arrojan sus rayos sobre las calles.

Es incómodo transitar por las aceras de las principales calles, donde haciendo gracioso zing zag se deslizan sobre menudos piés cientos de bellezas, donde reboza la elegancia y la mas finísima coqueteria.

No faltan, por supuesto, sus intercalaciones detestables; es cosa entendida: pero en las revistas del buen gusto eso pasa por alto, y tambien es cosa entendida.

Los hombres como debido homenaje, transitan por las orillas de las aceras, ó por los costados de ellas.

Y luego, los que estan de planton, y los distraidos que repasan por la décima vez y con olvido del mundo entero las chucherias de las vidrieras; y los que sin pagar derecho de piso están como firmes centinelas en el umbral de ciertas tiendas, arrostrando la ira mal disimulada del dueño . . . y en fin, cuanta animacion! Los coches particulares y los de plaza, que corren de un lado á otro y que atruenan y estorban; y los que ofrecen algo en venta; y el vergonzante que pide una limosna; y los cafeés con músicas ambulantes, y la concurrencia de los teatros que intercepta; y la música del club donde precisamente hay gran baile. Todo aquello se mueve, se agita en distintas y encontradas direcciones, y con diversos objetos, ó sin objeto alguno. . . y todo es recreo, y fiesta, y alegria.

.....

.....

En una calle un tanto apartada del centro principal, y re-

costados á un poste de hierro que aun queda de la casi estinguida familia de los postes, están cómodamente reclinados dos individuos de buen talante, que acaban de encontrarse é inician sus primeros saludos.

Por poco trabajo que nos demos para estimular la curiosidad, reconoceremos desde luego á aquellos dos caballeros que conocimos en la célebre posta de la *Cabeza del Tigre*; ambos de buen aspecto y si no vestidos con un grande esmero, llevando sus trajes con desembarazo y hasta con cierta elegancia.

Cómo se encontraban aquí y que objeto los reunia en el centro de la gran capital?

Fácil es saberlo.

El uno de ellos; el festivo galanteador de Catalina, venia al centro mismo de las intrigas en prosecucion de los trabajos de que es agente.

El caballero herido que en amargas cuitas dejamos, caminando por los campos con buena custodia, llegó al cabo de algunas horas á presencia del *general interventor*, mision mas que trascendente puesto que vá á dar un fruto fatal; é interrogado severamente y rejistrado de nuevo en busca de *los papeles*, pudo persuadir á sus opresores de su tenaz resistencia á responder á toda demanda.

Se le hizo permanecer ocho dias en penoso arresto; y no alcanzándose resultado con esta rigurosa detencion, se le dejó dueño absoluto de su libertad.

Las combinaciones misteriosas y activas de la política electoral los traía á ambos á *la córte*; y por el giro de la conversacion que entablaban, se deja ver el arrepentimiento confesado de ante mano por el convaleciente á su amigo, á causa de no haberlo escuchado y obedecido la noche de su encuentro en la posta consabida, y no haber cruzado los planes de última hora que le confiara el general, y que ciegamente obedecia, con la conviccion profunda de que servia á su causa y á su país.

—Hace media hora larga que os aguardo, le dijo el amante de Catalina al que recién llegaba, estendiéndole la mano.

—En efecto, me he demorado algunos momentos mas de la hora de la cita. Pero supongo, agregò, que todo está listo?

—Perfectamente arreglado. La Providencia se declara por nosotros. El plan, como sabeis, es robarnos á ese diablo de almastrote que se nos ha cruzado en el camino, á ese malhadado *Sarmita* que bien pudo quedarse para siempre entre los Sármatas.

—Convenido: ¿Pero los medios?

—Cuando os digo que está todo perfectamente arreglado! . . . No sostengo en vano que la Providencia está con nosotros! ¿A que no adivináis la aventura en que me hallo metido?

—Imposible!

—Bien pues; voy á quitaros ya las ánsias y á satisfacer vuestra curiosidad. El plan que desde hace dias vamos prosiguiendo de acuerdo con el Presidente y con el general, es el rapto súbito y misterioso del *Sarmita*.—Era necesario prepararse. Rondo, averiguo, asecho, para informarme de los obstáculos y preparar el ataque. En uno de mis eternos paseos, siguiendo la pista al pretendiente, siento que una mano amiga me tira de la falda del paletó. Doy vuelta, y ¡oh sorpresa!. . . ¿con quién creéis que me encuentro de manos á boca?

—Que sé yo! con el *Sarmita* por ejemplo.

—No tal.

—No alcanzo.

—Con Catalina! con la graciosa morena de la *Cabeza del Tigre*.

—Catalina aquí! Bien visto no me sorprende; y ahora me esplico algunas insinuaciones que dejó caer la picarilla la última vez que pasé por su casa al regreso de mi cautiverio.

—Pues sin mas ni mas, la pobre chica estaba picada de la vívora; y haciéndose insoportable el vacío de su vida, llegó un buen dia en que sedujo al animoso Jaime á que abandonase con ella los paternos lares en mi busca.

Un par de semanas vagó desconsolada por estas interminables calles, sin adquirir noticias, ni hallar á quien pedir las. Al fin la realidad se presenta con su cara severa á

los enamorados como á los estoicos; y la chica se dió cuenta de su situacion y de la necesidad de hacer algo. Resolvió acomodarse; y yendo, y preguntando, y que se yó. . . . acertó á hallar una colocacion envidiable al lado de una dama afable, que la trata á las mil maravillas y le acuerda plenísima confianza. . . . Todo esto me lo contaba la chica, llena de emocion, llena de contento, y olvidada de sus congojas y del mundo entero. . . .

—¿Y donde logró acomodarse?

—Eso es lo mas curioso. Eso es lo providencial de la aventura.

—¡Como!

—Si pues! Figuraos que la señora es nada menos que *Missis Bravo!*

—¿Cómo?

—Providencia! Teneis razon: es la palabra.

—Pues bien: desde ese dia nos hemos visto con frecuencia, aunque rapidamente, á la puerta de la casa. En esas conferencias he sabido que el *Sarmita*, eclipsándose algunas horas al bullicio de los cortesanos, se viene á casa de *Missis Bravo* que es su verdadero confidente, para trabajar en socio. Su correigionaria y amiga le cede un gabinetito apartado, y algunos ratos conferencian y aun trabajan juntos.

La noticia no podia ser mas tentadora. Pobre Catalina! Fragué una historia, en que porsupuesto vá mi porvenir; insté, rogué, y creo que hasta lloré; ello es que la pobre niña tuvo que ceder, y pude explorar el campo de batalla en todos sus detalles.

Me apresuré á dar parte al general, que en este plan se halla de acuerdo con el presidente y trabajan á un fin comun. Ambos aplaudieron mi celo y aprobaron mi estrategia. Se fijó el dia; y hétenos aquí amigo mio, bien entendidos y mezclados en una aventura que tiene tanto de ridículo como de arriesgado.

—En estas alturas es necesario jugar el todo por el todo.

—Es lo que digo yo—pero se me olvidaba preguntar ¿Porsupuesto que teneis todo preparado?

—En regla. Hombres de confianza y á toda prueba.

—Bien pues; entonces, manos á la obra. Van á sonar las diez y es menester entendernos del todo é ir adelante. Vos os colocais frente á la casa, y estais atento á las señales que os hará con su pañuelo Catalina. En el acto que observeis esa señal, correis apresuradamente y hacéis levantar el cajon que vereis en el zaguan : cruzais el patio diagonalmente, y penetráis en el gabinete que vereis delante.

Esto es todo : lo demas está á mi cargo. Y encaminándose ambos caballeros hácia el lugar destinado para esta escena nocturna tomaron sus respectivas posiciones.

Casi al mismo tiempo una cabecita conocida y simpática, asomó á la puerta de *Missis Bravo*—El personaje que se creia aludido, aceleró el paso, diciendo apresuradamente á su amigo. . . .

—Alerta!

—Alerta está! respondió el otro.

Fuese casualidad, fuese obra del viento ó de la intencion, ello es que el gas del zaguan estaba apagado.

No nos detengamos á averiguar la verdad. El caballero, á favor de la oscuridad, siguió sin detenerse los pasos de Catalina, que lo introdujo en un gabinete al extremo de un patio reducido. Habia dos puertas exteriores que daban entrada á dos piezas idénticas y aisladas de lo general del edificio, las cuales se comunicaban entre sí por el interior.

En la mas retirada entró Catalina.

El caballero la siguió sin vacilar, y se hallò en un gabinete sin luz, pero no del todo oscuro, porque le alcanzaba una especie de crepúsculo que partia de la primera habitacion.

Catalina puso un dedo sobre sus lábios : el caballero comprendió la señal.

El pájaro estaba muy cerca.

La pobre niña sentia palpar fuertemente su corazón ; pero creia hacer bien obedeciendo á su amante.

Esperaron.

Se oia el murmullo de una conversacion sostenida.

El caballero se acercó cuidadosamente al ojo de la llave.

Habia dos personas. *Missis Bravo* estaba de pié junto

á un bufete. El heroe del *Anagnosia* estaba casi tendido en un confidente.

— Es menester resignarse, mi amiga, le decia el *Sarmita*. No habeis nacido para crear muchachos; hemos mostrado que somos capaces de algo mas, y no podemos quedarnos por simples puerilidades á la mitad del camino. Hemos acometido una mision de sacrificios y es necesario llevarla al fin. ¿ No me veis á mi? Me pertenezco acaso? No veis que tengo que arrostrar la metralla al frente de las legiones aliadas, mientras que tengo que combatir á los bárbaros que nos rodean? Que tengo que empear desde el *be á ba*. . . . !

Animo, mi amiga: ánimo y seamos consecuentes, hasta la última hora. . . .

— Pero es imposible! decia la concienzuda dama. Si fuese en otra parte, pase; pero aqui van á escandalizarse, van á chillar, van á burlarse, á enfurecerse. . . . que se yó! Una mujer ministro de instruccion, culto y justicia! Vá á ser como si se cayera el mundo! Vais á sufrir vos mas que yó. . . . no puedo consentir.

— Si señor! que griten, que chillen, que rabien! ¿ Quienes son ellos? Han podido hacer algo desde que yo faltó? No tienen que traerme del fin del mundo para que los ponga en órden y los gobierne? ¿ Y que creen?— que vengo á papar moscas? Ni pensarlo. . . . Vengo á acometer la reforma de frente y sin mas preámbulos. Si quieren aprender que aprendan; si quieren seguirme que me sigan, ó de lo contrario que se queden: pero que yo camine para atrás, eso nó!

Además, amiga mia, en esta tarea necesito de vos. Sois la persona que me ha comprendido y que puede ayudarme; teneis talento, audacia y sabiduria. . . .

— Gracias! . . . Pero estas malditas polleras. . . . ! Estos trapos con que nos ha enfardelado la inquisicion! Y la pobre señora sacudia su túnica con indignacion.

— Esas polleras comienzan á ser en los pueblos libres el uniforme de las grandes innovadoras. Dejaos de escrúpulos, que os sobra el valor y la conciencia de vos misma. ¿ Se anda enredando Jorje Sand en las polleras? Le

han estorbado á Mme. Rolland, á Mme. Staël? A todas esas notables guerreras que han asombrado en los últimos hechos de Polonia, y que levantan grandes emulaciones intelectuales en la Union?

No digais, señora!

Vuestro rol es admirable. Tenemos que habérnosla con medio mundo, y tenemos que compartir gloria y sinsabores. Además, os daré buenos consejeros.

No olvidéis que tenemos que echar abajo cuanto se ha hecho en mi ausencia en materia de educacion, para edificar de nuevo.

Que tenemos que habérnoslas con esa turba de frailes y de monigotes, para darles pasaporte con toda su corte de donados y de beatas: que tenemos que suplantarlos con los *ministros* y cambiar el Catecismo por la Biblia.

Que tenemos que crear costumbres; y que tenemos que realizar nosotros dos, todo lo que la revolucion francesa no pudo realizar. ¿Os parece que no hay en todo eso para que os hagais un buen par de pantalones?

—Pero.....!

—No hay mas pero, *Missis Bravo!*—Decidios, y no vamos á última hora á salir *echando pelos en la leche*. Todo tiene remedio: para que no seais blanco, como decis; para que no seais pararrayo de la envidia, pienso daros á *Miss Pen* por subsecretaria; que ya sabeis lo que vale!

—Pero no sabe el castellano.

—Acaso lo saben los demás subsecretarios! No veis la *h* y la *y* griega retozando como potros en los ministerios!

—Lo pensaré.....

Aqui llegaban, y el tiempo urgia.

El caballero oculto se acercó al oido de Catalina y le dijo:

—Vida mia: entra en el cuarto por la puerta exterior, llama á la señora á sus habitaciones con algún pretexto; asómate á la puerta de calle y has señas con tu pañuelo. Hazme ganar diez minutos.

La chica abedeció.... El caballero tiró su revolver del cinto y puso la mano izquierda sobre el picaporte.....

.....

Dejemos pendiente esta crítica escena ; y veamos lo que pasa á esa misma hora en otro barrio de la ciudad, algo sospechoso, y que se relaciona íntimamente con la audaz intentona del rapto que se persigue.

La calle del *Peligro* fué no ha mucho una especie de *pasaje* sombrío y desconsolador; y aun cuando se han edificado modernamente algunas casitas, se puede imaginar que la gente que las habita no es muy conspícua. Ha sido una especie de *corte de los milagros* del Paris de la edad media : en una palabra, el barrio del *peligro* está en armonia con su nombre.

No hay allí gas. No hay allí sino un mal alumbrado que poco ó nada alumbra; y es cosa convencional que nadie repare en las gentes que por allí transitan, de cualquier pelaje que sean, y á cualquier hora que lo hagan.

Puede qué en los callados misterios de su historia haya sido teatro de algunas escenas célebres, ó de algunas anécdotas curiosas; pero lo que es en esta noche, está honrado el barrio del *peligro* con la confidencia de personajes muy altos, y de sucesos de gran trascendencia en la suerte de todo el país, de millares de hombres, y de inmensidad de intereses.

Han buscado sin duda el misterio procurando la libertad. Sacuden el yugo de los importunos y se refugian donde nadie podrá buscarlos.

Así nos explicamos estas precauciones.

La casita que han buscado es de pobrísimo aspecto. No hay luz ; no se oye el menor ruido, y cualquiera diría que está deshabitada, si no se viese un hombre vulgar á la puerta medio entreabierta.

Es preciso que conozca el lector lo que hay dentro.

Si atraviesa un patiecillo húmedo y sombrío, ha de hallarse con una puerta : empújela : cederá ; y podrá entrar á un cuarto pequeño y desamueblado, si no es una que otra silla pegada á sus paredes.

No hay que detenerse, aunque el misterio imponga. Camine un poco á la derecha, y dará con otra puerta. Levante el picaporte, y no se deslumbré despues de haber

caminado por las tinieblas : empuje, entre : no hay que andarse con cumplimientos

Ya entró; y puede examinar el local. Es una pieza mucho mas larga que la anterior, aunque no tan ancha. Está amueblada un poco á la espartana : casi vacía. Una mesa, sobre la cual arden dos bujías ; algunos sillones cómodos ; una alfombra sin uso y sin costura—paños de tripe tendidos sobre el pavimento, es lo que forma el improvisado menaje.

Dos personajes están sentados delante de la mesa y dan la espalda á la puerta. Hablan con marcado interés y calor, en voz no muy alta.

Sus tipos nos son ya bien conocidos sus categorías elevadísimas

El uno es nada menos que S. E. el Presidente de la República : el otro es nada menos que su excelencia el general

Del sentido de su conversacion se deduce que ha habido entre ambos un diálogo animado; que se han hecho recriminaciones recíprocas ; que se han reprochado inconsecuencias ; que por fin, despues de quedar demostrado que sus respectivos errores los han perdido, trabajan ya mas serenos y de consuno porque esa perdicion no sea completa, haciendo frente á la amenaza de nuevos sucesos que van á presentarse con la incuestionable victoria de su originalísimo rival.

Que es triste la condicion de ambos, se comprende. Que sus embarazos han nacido de su impericia, resalta : luego un mismo interés los empuja á ayudarse en el espinoso camino que se les presenta.

—Lo que no puedo explicarme, decia el mas viejo de los generales, es vuestro empeño en auxiliar y fomentar esa maldita revolucion armada, que necesariamente preocupa mi atencion.

—Precisamente eso puede servirnos en la actualidad de pretexto, para tener de pié ó preparados siempre vuestros crecidos elementos.

—En horabuena : pero si el *Sarmita* comprende el ne-

gocio, puede dar mayor impulso á la demagogia y precipitar los sucesos.

—El *Sarmita* no puede nada, ni podrá nada. Vá á vivir transitoriamente y tendrá que hacer lo que se le haga hacer.

¡ Ah! general! Si me hubieseis escuchado; si hubieseis consentido invariablemente en nuestra alianza! Si no hubieseis quebrado nuestro concierto, para levantar esta pobrísima gente! ¡ Paciencia! ¡ Paciencia. Quisisteis cambiar al Alsibiades por mi leal favorito, y ya veis como os pagan, paciencia y devoremos nuestra derrota!

—Nuestra derrota! En política no se pronuncia jamas esa palabra vedada. Cuanto mayor es el apuro, mayor debe ser el aplomo. Los flancos no se descubren nunca espontáneamente: que se tome el enemigo el trabajo de explorarlos. Cuanto mas languidece una situacion, mas urgente es entonarla: si no se puede de otro modo, con proclamas. Por lo general los partidarios son siempre predispuestos á dejarse impresionar con lo que les gusta.

Por otra parte, el negocio no es tan sencillo: tengo miles de amigos de valía; y tengo dinero; y conozco los secretos de hacer levantar *polvaderas*.

—En fin, general, todo está muy bueno. . . . pero me atengo mas que todo al resultado del paso que vamos á dar.

—El paso tiene que sernos conveniente. El pretendiente tiene que ceder ó reventar.

—Me empieza á inquietar su tardanza.

—El negocio está en buenas manos; se habrá retardado por cualquier incidente; ya vendrá, ya vendrá.

.....

Mientras que esta conferencia tiene lugar en la casita de la calle del *peligro*, no podrá olvidar tan pronto el lector, que el tigre quedaba en aptitud de caer sobre la presa en otro lugar. Que el amante de Catalina con el revolver en una mano, y la otra sobre el picaporte, se disponia á entrar en la contigua habitacion así que la impresionable *Mississ Bravo* mordiese la carnada y siguiese á Catalina.

La siguió en efecto. Se oyeron sus pasos acelerados que se alejaban.....

El caballero no perdió un instante: abrió repentinamente. El *Sarmita* alzó la cabeza, y se encontró enfrente de la boca de un revólver.... Quiere incorporarse, pero el caballero con voz resuelta le dijo:

—No hagais un movimiento; no hagais la menor señal, ò disparo derecho al cráneo....!

El futuro presidente quedó inmóvil en la violenta actitud de incorporarse; con la boca abierta por la sorpresa, ó para dar salida á la palabra congelada en la garganta; esta es cuestion de fuero interno que no importa averiguar.

No pasaron diez segundos y se abrió repentinamente la puerta del gabinete que daba al patio, para dar entrada al otro caballero que esperaba la señal concertada, y á dos hombres robustos que conducian una caja.

La escena que se siguió fué muda, pero desenvuelta con una celeridad asombrosa.

El recién llegado abrió la caja, sacó de ella un paño, sacó una cuerda; y tomando al sorprendido personaje, le aseguró los brazos cubriéndole la boca sériamente con el paño.

El caballero no bajaba la punteria; pero cuando no fué necesaria la precaucion, guardó la arma y acercándose al prisionero:

—No vá de la vida, caballero. Estais bien garantido, mientras no procureis comprometernos. No somos bandoleros y os lo probaremos pronto.....

En esto el personaje del *Anagnosia* habia sido colocado en la caja, cuya tapa se cerró con una aldaba. Los dos hombres ya mencionados la alzaron al hombro, y sin hacer ruido, pero con una lijereza asombrosa, se alejaron con su tesoro áuestas.

—Ahora á la calle del *peligro*, dijo el caballero amante de Catalina á su compañero; y tomaron la vereda por su cuenta, mientras los peones sin despertar la menor sospecha seguián su derrotero, como si llevarán un piano sobre los hombros.

Cuando *Missis Bravo* regresó al gabinete de trabajo, lo halló solo; cerró la puerta por fuera tranquilamente, se guardó la llave y dijo á su sirvienta:

—Que cierren la puerta de la calle: Su Excelencia se ha retirado ya y quiero recojerme.

Con estas palabras se introdujo en sus habitaciones....

Pocos momentos despues se introducian los de la caja, sin novedad, en la oscura casita de la calle del *peligro*. El depósito humano que se trasportaba hasta allí, no habia motivado ningun incidente.

Púsose aquella máquina de la política en tierra: alzóse la tapa: se alivió al prisionero de sus ligaduras, y se halló de repente en el oscuro cuartito que servia de ante-cámara.

Los caballeros que lo conducian, le ofrecieron una silla. El ave colosal que se veia libre de la jaula, se sentó, ó mas bien se dejó caer; estiró los brazos y las piernas como si sacudiese las alas.

—Pero señores! ¿Qué significa esto? ¿Qué se quiere de mí? ¿Por quien se me toma? ¿A donde se me trae? ¿Qué misterio y qué atentado es este?

—No os ajiteis, señor, le respondió uno de los caballeros. Puedo jurar que estais en perfecta seguridad.

—Pero esto es indigno!

—No podeis saberlo todavia.

El caballero empujó con respeto la puerta contigua; y sin entrar asomó la cabeza al interior.

Se oyó la voz de una persona que dijo en tono bajo.

—Introducidlo.....

El caballero retrocedió algunos pasos, y dirigiéndose al prisionero que aun se demostraba inquieto, le dijo suavemente:

—Seguidme; y vais á explicaros el misterio.

El futuro Presidente se incorporó sin decir palabra y siguió á su guia.

Se abrió la puerta del gabinete contiguo, y volvió á cerrarse tras esta presunta Excelencia, que se halló de repente y como petrificado delante de aquellas otras dos excelencias que lo aguardaban.

Su confusion fué entonces mayor: su sorpresa rayaba en alucinacion. No pudo contener su emocion y se apresuró á exclamar:

—Es cierto lo que estoy viendo.....? Juro á Dios que no sé si estoy despierto!

—Perdonad, amigo mio, le dijo S. E. el Presidente, pero no juzgueis de todo esto hasta el fin.

—Es que á juzgar desde el principio.....no sé lo que deba esperar!

—Os suplico que no falleis sin oirnos. Aquí está con nosotros el señor general.....y debeis supouer que se trata de algo sério.

El general se acercó, y con intencion de persuadir al inquieto personaje, agregó:

—Estas son cosas que no deben alarmaros. Nuestra política es tan singular, que vá siempre acompañada de incidentes tambien raros, pero que no deben sorprender. Aquí no se trata sino de vuestro bien.....

—Yo creo, señor, que se trata de mi mal; y si os hallais dentro de mi individuo no os sentiriais bien, sino muy maltratados. ¿Pero como me explicais el atentado que se comete contra mi persona, contra mi libertad, contra...

—Culpad á la importancia que habeis asumido, amigo mio, interrumpió el presidente; y vereis que el medio es algo original, pero muy explicable. Poneos en el caso de Monk y vereis que la cosa pierde su parte odiosa..... Vos que sois fuerte en historia, recordareis que grandes razones de política inspiraron el rapto del insigne compañero de Carlos I^o y que ese rapto no lo hicieron bandidos.

El presidente, gran conocedor de ciertos resortes que obran eficazmente sobre la vanidad, y de los estatutos de la academia de admiracion, habia dado en el clavo, y aplicado al herido en su orgullo una pocion consoladora.

—Es cierto que en mi posicion tengo que ponerme en guardia contra las asechanzas.....y sobre todo, estoy confundido.....sí, confundido; porque esta violencia.... esta violencia conduce á algo que.....

—Dejad la suspicacia, se apresuró á decir el presidente.

Nada mas natural. Habeis dado un salto que os viene á colocar en una actitud.....no digo inesperada.....; quiero decir elevadísimá ! Vais á influir directamente sobre los sucesos ; y cuando se trata del interés de la patriay del interés de todos, justo es perdonar un recurso que conduce á la conciliacion del bien general.

El *Sarmita* tranquilo casi del todó, tomó asiento, garantido con la aureola de dignidad y de poder que se le reconocia, y casi complacido de hallarse tratando de negocios con aquellos dos altos personajes, que juzgaba eclipsados y hasta mortificados.

—Explicaos ! Nada me asombra : mi vida no ha sido sino una aventura, sino un dráma.....agregaremos este : será un cuadro mas.....pero veamos, qué pretendéis ?

—Es muy sencillo : una transacion, dijo con aplomo el presidente.

—Transacion.....! Que renuncie....

—Dios nos libre de pensar en eso. Os vamos á proponer un acuerdo formal : un tratado si quereis de triple alianza.

—Veamos eso....

—Perdonad ; pero es menester que seamos francos y que tengais tolerancia si algo os incomoda. No os perteneceis ; y estamos aquí, como si dijéramos, las tres altas partes contratantes.

—Continuad.

—Pues bien. Si vos habeis logrado surjir, no olvidéis tampoco que el general que nos escucha, representa una gran porcion de la opinion pública y poderosos medios propios : no olvidéis que yo represento una fraccion poderosa y rica de nuestro antiguo partido ; lo que quiere decir que segun vuestras vistas serán las nuestras ; que segun vuestro programa será el nuestro ; que segun vuestra marcha será nuestra marcha.

En la política no hay términos medios ; ó hay alianza ó hay antagonismo.

—Entonces, quereis imponerme desde ya ?

—No tal. Las cosas dependen de vos : decidid ; teneis la prelacion. O juntamos nuestros intereses ó los hacemos contrarios.

—Pero yo tengo la opinion legal que es la verdadera fuerza ; y tengo la que vosotros hayais perdido.

—Error! No teneis nada, sino el voto individual de hombres que se juntan en cuerpo soberano porque los dejamos; que obedecen á influencias que todavia pueden moverse en vuestro daño, pero que no es necesario tocar. Teneis una fraccion de hombres lijeros, inquietos y vacios que os tomaron sin conciencia por bandera, y que ellos mismos, sorprendidos, ven surgir sin darse cuenta de que surjis como fruto de los errores, de los descuidos ó de la demasiada confianza del general. . . . y de la mia.

—Es decir que soy una especie de casualidad! Un accidente ridiculo. . . . un. . . .

—No he dicho eso, continuó el Presidente. Lo que debeis de reconocer es que la base de vuestra elevacion es un círculo veleidoso, sin representacion ni consistencia: un círculo que os dejará como os tomó. Es la historia de los prestigios—¿ Con qué mandareis, pues, en un pais tan conmovido, si os falta la verdadera opinion, si os falta la fuerza ?

—Es que mi primer pensamiento es ir en el acto á ponerme al frente de los ejércitos aliados.

—Eso será si os dejamos. No olvideis que os hallais en nuestro poder.

—Esto es indigno!

—Calmaos! Estamos tratando entre potencias, y seria cuerdo y de buena política copiar á la Inglaterra y andar siempre adelante. Cuando os hemos traído á esta entrevista por los medios que os alarmaron, hemos podido alejaros. No lo hemos hecho, porque hemos querido dejaros la libre facultad de resolver entre la aceptacion de alianzas que os den vigor, que es lo sensato ; ó entre el rechazo, que de todos modos, es vuestra perdicion. Si os perdeis al dia siguiente, preferible será que os perdais la víspera, y habremos ahorrado muchos males.

El *Sarmita* pensó que su ilustre amigo tenia razon, y dijo:

—¿ Cuales son vuestras condiciones ?

—Hablad, general, dijo el Presidente, dirijiéndose al al-

to personaje que escuchaba. Vuestra experiencia tiene la palabra.

—El modo de ofrecerse gajes infalibles es la lealtad de los hechos, dijo el General. Yo creo que la principal garantía de esta alianza es que deis participacion en vuestro gobierno á S. E. el Presidente. Un ministerio: el de la guerra por ejemplo. . . . además de que sus calidades no las hallareis tan fácilmente. . . .

El *Sarmita* meneó la cabeza.

—Si: no tengo inconveniente: ¿pero creéis que no me hago heredero de vuestras antipatias?

—No las tengo! digo el Presidente indignado. No las tengo, son envidias; envidias rastreras que he mirado siempre con desprecio; pero no quiero decir que no podais rehusar la lisongera recomendacion del general, eso no.

—Bien, pues; acepto vuestro concurso y lo creo bueno. Sereis el ministro de la guerra. Y vos general, servios agregar. . . .

—Esperad, dijo el Presidente; no he concluido. Me debo á mis amigos, y la lealtad es la primera calidad del hombre público. . . . Deseo una mision diplomática para mi mejor amigo. . . .

—Eso lo arreglaremos mas tarde. . . . Veamos de escuchar al general. No hemos sido muy buenos amigos, pero espero que me ayudará á llevar la cruz—Dignaos precisar. . . .

—Yo no os he querido nunca mal. Chismes, cuentos, embrollas que me atribuyen y de que espero no hagais caso.

—Porsupuesto! . . . Pero continuad, general; precisad vuestro pensamiento.

—Yo nada quiero y de nada necesito, por que todo tengo. Lo que voy á pedir os no es que os acordeis de mi, sino que me olvidéis. Yo, á lo que aspiro, es á estar tranquilo en mi rincon, donde soy querido y comprendido. Si teneis que complacerá vuestros inquietos partidarios, dañales ocupacion por otros lados: la tierra es grande; y mi única ambicion es que nadie se meta conmigo, ni ponga la mano en lo que me corresponde. Creo que no es mucho exigir; creo que mi deseo es lejítimo.

—Nada mas claro : es decir, que me olvide en vuestro obsequio de una buena parte de mis gobernados ?

—No tal : son siempre vuestros, aunque yo los mande. Teneis allí veinte mil lanzas á vuestras órdenes.

—¿ Y creo que un buen parque ?

—Qué ! No algunos fusiles viejos.

—Pero me pedis lo imposible, general. ¿ Olvidais que estamos empeñados en una guerra exterior ; que voy á ponerme al frente de las armas asáz debilitadas, y que el concurso de una parte de esas veinte mil lanzas es indispensable ?

—Y quien lo duda ! Mandareis y sereis obedecido. Mis divisiones os seguirán al teatro de la guerra.

—Pactamos sobre esa base, porsupuesto ?

—Seguramente. Pero los sacrificios que ha hecho mi comarca, la tiene exhausta : necesitamos dinero, vestuarios, armas

—Armas !

—Sin duda. Las que allí hay son compradas por el erario local.

—Ah ! No faltará todo eso, con tal de contar con el brazo de los soldados y con el corazon de su gefe.

—Hareis asi un gobierno brillante, interrumpió el presidente.

Esta perspectiva hizo dilatar los carnudos lábios del *Sarmita*. En su entusiasmo se transportó hasta la inmortalidad. La caja fatídica venia á ser de repente una arca santa, una especie de posta-fortuna. Todos los estorbos imaginados desaparecian ; y en un instante se hallaba fuerte, rodeado de la opinion y franco para emprender sus reformas, y para poner en órden la desordenada República.

No pudo disimular tanto júbilo.

—Caballeros, francamente, ahora me felicito de todo lo que ha pasado ; y ved como los mas pequeños incidentes de mi vida se refractan sobre la suerte del pais.

Acercándose con afecto al general, le estrechó la mano, y agregó :

—Los hombres se entienden al fin ; ya lo veis ; el tiempo

es un grande amigo. Espero lealmente me ayudareis. Además, es preciso que hagamos algo por allá por vuestros dominios, que no han de andar muy adelantados. Unas escuelas, general! Las escuelas, que es el secreto de la prosperidad, de la riqueza, de.....y apropósito os voy á regalar una maestra flamante que me he traído de la Union.

—Acepto el regalo con gusto, pero no creais que estamos tan á oscuras.....Y, porsupuesto, os marchareis pronto al ejército?

—Ah! inmediatamente: es cosa arreglada con el aliado.

Los generales se miraron de soslayo como diciendo....
allá llegues y.....

El *Sarmita* agregó:

—No vuelvo de mi gozo, admirando el ingenio con que me habeis traído á esta buena conclusion.

—Y queda ajustada, dijo el presidente, con vínculos de hierro. En prueba de ello, mi buen amigo, prometedme por vuestro honor, que olvidais para siempre la molestia que os hemos causado.

—De buena gana! Disparate! Todo queda olvidado.

Era mas de media noche—Los aliados tomaron su sombrero y se pusieron en retirada, prometiendo verse á la noche siguiente y mantener el incógnito de una de las altas partes contratantes.

Al separarse, el futuro presidente dijo, con cierta natural impaciencia á sus oyentes.

—Ahora, estoy ardiendo por tomar las riendas del gobierno. Cada minuto me parece un siglo, porque me siento que piso firme.



CAPITULO VII.

UN BAILLE DE MASCARAS.

Estaba muy alta la noche cuando la triple alianza se separó.

Una de las altas partes contratantes ganó su aposento: se sentó fatigado delante de una mesa en donde estaba su propio retrato en traje militar: espantó algunas moscas que dormían sobre el excelente grabado: se contempló breve rato en efígie; y luego, como obedeciendo al pensamiento que hondamente lo preocupaba, dió algunos paseos dejando oír un monólogo que no queremos desperdiciar.

—¿Qué pudo inducirlos á este rapto inútil....? ¿No podían conferenciar sin tal violencia?... Ya entiendo: han querido sorprenderme... y mas todavía; si me negaba hacerme traspapelar, y que viniese un conflicto—Ya entiendo! ¿Pero como es que el general se pone así en mis manos y me entrega el secreto de su incógnito? ¿No podría muy bien temer mi revancha?... Malo!.... Voy mal.... Si yo tomase un partido.... Si delatase su presencia en la Capital no adelantaria nada.... Me estrellaria contra las precauciones del Presidente, y no hay duda que están entendidos por lo pronto.

Lo han meditado bien: yo quedaria perdido siendo el provocador.....!

He hecho bien! Si señor, he estado digno de mí. Procediendo de otro modo no habria hecho otra cosa que *echar pelos en la leche!*

Satisfecho de sí mismo, íbase alijerando de su ropa y acercándose al lecho.

—Lo que tengo que hacer es no perder momento; atragantarme cuanto antes con el mando: subir de una vez, y hacerles frente desde arriba como Tito á Jerusalem..... Los veo venir.....El Presidente hará el gasto de la oposicion, será la vanguardia. El general se aprovechará echando combustible, pero sin entregarse á ninguno..... Es decir, que los tres aliados seremos lo que todos los aliados.....tres enemigos. Bueno!.....Lo que importa es seguir la comedia y jugar con las mismas armas..... mi gente es poca, pero gritona....tengo la ventaja de los proyectiles que hacen brecha.....Mi partido está tomado: á la pretension del uno contestaré con las concesiones al otro: procuraré que se devoreu ya que no supieron unirse. Poco hay que hacer para separar dos unidades que están ya divididas: á mi no pueden dividirme de mí mismo si no me parten por la mitad.....

Al llegar aquí, cerró el *Sarmita* la jareta á su largo camison, se caló un gorro blanco hasta las orejas, encendió su pipa, se sumerjió en su lecho y apagó la luz....*Estaba admirable!*.....

Dejémoslo dormir.....

.....
Era uno de esos dias encantadores en que el sol mas claro del firmamento, entibia el frio húmedo del invierno que declina, y en que sus noches de plata, serenas y plácidas, son indescriptibles para el pincel.

La hermosa *Emperatriz* está espléndida!

Hay en los semblantes una alegria comunicativa, contagiosa. Las gentes andan de prisa: los carruajes corren con mas actividad. Se oyen cohetes que anuncian una fiesta. Los peluqueros están sériamente urgidos; no dan abasto. Todo el mundo compra guantes esta noche! En las perchas de los salones están en exhibicion vistosos trajes de fantasía con las caretas correspondientes; y cargamentos de dominós de todos colores, formas y calidades.

Ah!.....Esta noche es el gran baile de máscaras!

Bravo!!

¿Sabeis lo que es en esta bella capital un baile de máscaras?

Es un acontecimiento que hondamente la *commueve* desde los cimientos, sí, desde los cimientos, porque lo que está arriba y lo que está abajo se confunde en un mismo cuerpo, se acerca, se mezcla, se confunde en una pintoresca *democrácia* carnavalesca.

Es un espectáculo encantador, indescribible, embelesador! ¿Quién pierde esta fiesta?

Adelante! Tomemos nuestro dominó; ajustemos la careta; venga un boleto de entrada. y al baile!

El suntuoso teatro de *Americo Vespucci*, como si dijéramos la diadema de la Emperatriz; la joya monumental de sus placeres, está iluminado exteriormente. En su peristilo se está en la mitad del día, y puede decirse en medio del mundo, porque es inmensa la concurrencia de caretas naturales y artificiales allí agrupadas, ó que con trabajo se deslizan hácia el gran espectáculo.

∴ Cuanta bulla! Cuanta algazára! Cuantas palabras incoherentes y melífluas, cuanto ruido de sedas, de cascabels, de chillidos que atruenan, de saludos conocidos y desconocidos, de tuteos y hasta de impertinencias.

Hagamos el último esfuerzo: entremos! De encuentron en encuentron superemos todavia los inconvenientes de las galerías; apoderémonos de un balcon, y gocemos desde allí con la fiscalizacion de todos los incidentes á nuestro alcance, de todas las escenas sentidas ó ridículas, de todas las intriguillas que podamos penetrar.

Hagamos por esta noche feliz, el *Punch* implacable de este alegre concurso, que deja su gravedad á las puertas y penetra llevada en álas de Momo á la lisa de la locura.

El interior del teatro está arrebatador. Sus arañas despiden torrentes de luz: el pavimento del gran salon está cubierto de paño punzó, cuya refraccion duplica aquella atmósfera de júbilo. Los balcones y sus balustradas cubiertas con cenefas de flores que hacen un ambiente de perfumes.

Es un mundo el que se mueve allá abajo. Es un mar de

cabezas, de penachos, de uniformes, de pastoras, de gitanos, de pierrotos, de dominós, blancos, azules, rosados, amarillos. Es una especie de iris que hace marear la vista: y en medio de todo eso hay levitas y paletós, y hasta capotes, que hacen pésima figura y son el blanco de la rechifla de los máscaras.

Ese chillido que hiere el tímpano, que queda como un eco grabado en el oído, trasciende sobre las armonías de la orquesta que no cesa estimulando á las parejas, que se entregan en parte al furor del baile mas intemperante y destroncador.

El lector no debe quedarse parado y con la boca abierta. Ande, penetre por todas partes; y tendrá que ver y que reír, admirando tantos caprichos, tantos epigramas representados por los caracteres.

Llama la atención un máscara que representa con mucha propiedad á la Muerte. ; Qué flacura! Presenta salientes las costillas, primorosamente pintadas, llevando en su diestra la formidable guadaña; y lo mas curioso de esta irrisión de la muerte en medio de la vida, como una refracción de la verdad desmascarada, es que vá la Muerte tomada del brazo de otro máscara flacuchin tambien, vestido en traje que llamaremos diplomático: calzón corto negro, casaca redonda del mismo color, sombrero apuntado y su correspondiente bastón.

Hay mucho empeño, por lo visto, en descubrir esta pareja que habla poco y procura no ser conocida.

Pero que no puede la curiosidad. . . .!

Para esta pasión no hay muros: es una flecha que sutilmente los perfora.

A poco rato sabe todo el mundo que la Muerte es un elevado personaje: que es nada menos que S. E. el Presidente de la República, y el *ad latere*, su confidente y favorito.

—S. E. en ese traje! . . . dice un curioso.

—Qué! El Presidente no falta nunca.

Ya lo perdimos de vista.

Una mascarita viene derecho á una especie de Cervantes, que como pabo real medita en el acierto con que escribió el *busca-pié*.

—No te escondas *Cervantes*. Te conozco! y lo detiene con todo el imperio de la tiranía femenil.

—No puedes conocerme, loquilla!

- Como á mi mano derecha.

—Quien soy, pues?

—No te enojarás si te descubro?

—Por de contado.

—Pues bien, te haré tu retrato. No eres *Cervantes*, de seguro. Eres el Ciceron de todas las épocas. Como aquel, vives entre las leyes; y como aquel tienes tu *Túsculo* donde herborizas. Como á aquel te acuerdan grandes talentos y te reprochan la vanidad y la debilidad.

—Ta! Ta! Ta! . . . Estás á mil leguas, mascarita!

—Deja que continúe; deja! Como Ciceron eres el primer legista; viejo como él y camastron en la política. Sirves á Pompeyo para decidirte por César. . . . y eres tan parecido á su retrato, que ahora mismo te agarras á Octavio por que lo crees el mas manejable; quieres gobernarlo solo, y desviarle de la alianza de Lépido y de Antonio.

—Mascarita no sé si aciertas. . . . pero quiero que me digas quien eres. . . .

—Procura conocerme.

El máscara procuró descubrirla por los ojos.

Imposible! Le tomó ambas manos escondidas en un par de guantes de color de Bismark. No adelantó un paso. Entonces continuó suplicante, y con un acento un tanto cadencioso y filarmónico—le dijo:

—Me doy por vencido!

—Voy á complacerte: y la chispeante mascarita se empuñó y le habló al oído. El postizo *Cervantes* se dió una palmada en la frente, y exclamó contento:

—Qué fortuna! Ya tengo una compañera preciosa para esta noche. Toma el brazo y pasearemos.

—Pero, querrás decirme, ingenioso autor del *Quijote*, cómo has salido de tus casillas? Tienes aquí alguna *Dulcinea*? Pretendes sacudirte en algun vals?

—Yo bailo otra clase de contradanzas; pero tengo ya mi *bis á bis*.

—¿Juegas algo en este azar de la locura?

—Mucho : juego á la política.

—Yo me aburro, dijo la dama.

—Yo me divierto, replicó Cervantes; y espero que gozarás mas tarde.

—Imposible! Un baile de máscaras me aburre pronto.

—Este no es un baile de máscaras.

—¿Cómo?

—Es un baile de enmascarados!

—Espílicate. Creo que tengo derecho á tus confidencias.

—Eres mi mejor y mas discreta amiga.

—Franquéate entonces. . . .

—Ya verás lo que aquí vá á pasar. Este baile tiene otra significacion que la que hasta ahora resalta. Aquí está bailando polka el destino de toda una nacion. con el diablo de la intriga que quiere arrastrarlo á los infiernos. . . .

En esto se nota grande algazára, grandes aplausos, grandes risotadas. . . .

La pareja se asoma al salon.

¿Qué es lo que ocurre?

No es para menos! Una pareja interesantísimamente risible, se ha introducido al salon de baile abrazada en un vals furioso. . . . Ni compás, ni paso, ni elegancia. . . . Son trapiés los que dá. Todo el mundo les hace lugar; todo el mundo se para á contemplarla.

Es una delicia! Qué bien hacen su papel! La dama tiene mas que abultada estampa: y algunas navidades se delatan en sus movimientos. Tiene el traje de pastora. . . . no será del *Guadiana*, de cierto: será de la *Mancha*!

El compañero es una especie de bulto negro, metido en un saco que le han alquilado por dominó, y sin duda para hacer mas oscuro el disfráz, se alza la capucha como cubriéndole una especie de promontorio en la cabeza.

Se puede asegurar que ambos no han quemado incienso en el templo de Terpsicone.

El público lo garante.

Todo el mundo se aparta con sus parejas, y le forman una especie de circo.

Esta muestra de admiracion estimula el fuego de aquel pujilato de la danza.

Redoblan los aplausos.

La vanidad sube de punto: la pareja hace prodijios, pero ya violentísimos. La pastora empieza á flaquear; pero el campeón no cede. La dama empieza á resistirse, pero el caballero no se dá por aludido, y sigue, y arrastra á aquella mole pastoril.

Es preciso resignarse. . . . el caballero cede. . . . y cede en medio de descargas de palmoteos.

La vanidad lo ha sostenido, pero no puede mas; dá el brazo á su compañera, que se cuelga de él; y ambos, cojeando, y dejando oír un resuello sofocado que ahoga la música, dejan la lisa de su triunfo y se pierden en las galerías.

Cuando la dama pudo hablar, le dijo á su compañero :

—Amigo mio; estoy mala.

—¿Qué sentís? replicó el máscara, con palabras entrecortadas por el cansancio.

—Siento. . . . gran fatiga.

—Pasará. pasará. ! Reposad un momento.

—Quisiera retirarme.

—Ni pensarlo! Es preciso quedar en la brecha!

No vayamos tan luego á estas horas á echar pelos en la leche

Grande alboroto! Diez ó doce pastoras bulliciosas, especie de bandada de cotorras; saltarinas, chillonas, alegres—siguen á un caballero, lo agarran, le tiran la levita, le hablan á un tiempo con sus chocantes tipes.

El caballero les responde cuchufletas, y se dirige á un pequeño gabinete donde hay una mesa servida con dulces y ricos vinos.

Se sienta.

Se sientan las avecillas ó revolotean por el saloncito.

—¿Quién es este señor?

—Es Alsibiades!

--Ah! tambien concurre.?

—Este es infalible.

•—El champagne hace su descarga; el líquido espuman-

te bordea las fantásticas copas de muselina, entre la explosión el de la alegre comparsa: y las chispas de ingenio brotan y se ahogan sobre las ondas del nectar de los vinos.

—Alsibiades! mira: por tí!.....y la mascarita inclina los bordes de la egipcia copa....

—Alsibiades! le dice otra.....cuando seas vice-presidente me comprarás una berlina.

—No! yo no pido mas que una pulsera que tengo en vista.....

—Yo el equivalente, agrega otra.....

—Os daré las estrellas para que os las repartais, les dijo S. E. entre las risadas y los aplausos de las festividades más caras.

.....
Entre tanto *Cervantes*, y su picaresca compañera, recorren lentamente y con aire observador y concentrado diversos extremos del salón.

En este momento participan de la general atención, que se dirige hacia la portada principal, por donde entra una numerosa comparsa, que produce gran sensación por la originalidad de sus caprichosos disfraces.

Está dividida la comparsa con el distintivo de los colores, y parece que ellos marcan una diferencia de roles ó de categorías en su ordenación.

Viene delante un cierto número de máscaras cubiertas con largos dominós negros. El mayor número, que viene detrás, tiene dominós rojos.

Espléndido capricho!

Los miembros de esta ingeniosa comparsa remedan una especie de faz de los estudios de Buffon; y sus rostros están cubiertos con grandes máscaras que representan caras de animales. En sus cabezas llevan gorros iguales adornados farsaicamente; y á manera de penachos, dos orejas de jumento que se mueven y se sacuden obedeciendo también al movimiento del cuerpo.

Grande aplauso los recibe! Los bravos se confunden. La algazara rodóbla—la alineación se rompe y la comparsa se disemina entre la multitud, mezclándose con los dan-

zantes, haciendo *me! me! hig! hig!* á las pastorcillas é infundiéndoles burlesco pavor.

Esta ingeniosa comparsa ha comprendido mejor que otras la farsa carnavalesca, que impropriamente se atavia con trajes de Condes, de Reyes ó de Marqueses!

La compañera de *Cervantes* curiosa por demas, pregunta á su compañero—qué representa aquella comparsa.

—Es muy sencillo. Representa la idea epigramática del Abate Casti: los *animales parlantes*.

—Ah!.....Pues descubro mucho ingenio. Debe ser gente espiritual la que lleva esos trajes.

—Mucho.....!

—Conoceis á algunos?

—Me parece que adivino.

—Vamos; no seais egoista....no andeis con medias confiancias.... ¿Quienes son? Decid!

—Son algunos amigos....gente sería que no quiere ser conocida....algunos miembros del Congreso.

—Caspita! Tambien sus honorabilidades por aquí? Todo el mundo pierde el juicio con estos bailes de máscaras....Son noches de locura.....

—Qué diablos! Y porqué no se han de divertir como todos? Son gente sociable, alegre, y.....

.....
De modo, nos deciamos, asi que alcanzamos á hacer nuestras descubiertas, que nada se queda en el tintero!

Está aqui *la Muerte*; está aquí *Alsibiades*, están aquí los *Patres conscripti*...; Cuántos otros personajes andarán por aquí confundidos á la sombra de sus caretas, escondiendo á par del rostro el reflejo de las sensaciones de su alma, las revelaciones del interés, de la ambicion ó de la venganza!

Ibamos á continuar nuestras reflexiones, pero nos llama la atencion un individuo vestido de negro, que lleva el distintivo de una cinta celeste atada al brazo, el cual se acerca á *Cervantes* y le dice:

—Hace tiempo que os buscaba.....

—¿ Ha llegado la hora? le respondió.

—Es la una.

• —Avisad á todos.

—Están prevenidos.

—Vamos. . . . Ah! Decid á. que suba al proscenio ya, y que se conduzca como él sabe hacerlo.

El individuo de la cinta desapareció.

Entonces pudimos ver que no era el único, porque cruzaron otros alternativamente con el mismo distintivo.

Cerrantes y su compañera se encaminaron por la galería al órden principal de balcones. El máscara sacó una llave; abrió uno de los mas cercanos al escenario, entró con su compañera y tomó asiento.

Pocos minutos despues paró la orquesta, y fué reemplazada por los golpes de una recia campana chinesca.

Todo aquel bullicio cesó á impulso de la sorpresa.

Qué es esto? se preguntaban. Qué diablura! ¿Qué hay?

Las gentes del exterior atraidas por esta rara señal, se precipitan al salon.

Máscaras de todas cataduras, personas sin disfraz, damas, caballeros, pastoras y farsantes, todo el mundo entra precipitadamente, como los Druidas de la *Norma* al llamado de la Sacerdotisa.

La guadaña de la *muerte* sobresale; su acompañante se ahoga en la apretura. Los *republicanos* del Abaste Casti, con sus caras de gatos, de monos, de jabalíes, de pollinos, vienen á paso de trote; y poco á poco se va haciendo silencio.

Todo el mundo se mira.

La sala tiene un aspecto singular.

Aquella es una especie de ironía! Aquel silencio repentino presenta ahora un aspecto siniestro. Parece que la savia hirviente de las venas se agolpase de repente al corazon. Que la alegría se concentrase en la sorpresa, y que la gravedad, la imájen del silencio, estuviera por aberracion vestida de cascabeles. Que esta nueva Pompeya; sorprendida en sus fiestas por la lava del Vesubio, quedase sumerjida derepente para dormir diez y ocho siglos bajo las cenizas. . . .

¡Cuánta curiosidad!

¡Qué vá á pasar. . . . ?

Silencio! . . . Silencio, exclama el inmenso concurso, al ver que un máscara de túnica roja y con cara de perro se precipita al proscenio.

La ansiedad lo saluda. El pueblo aplaude.

El orador vá á ladrar. . . . N6! Se quita la máscara y toma una actitud académica y respetuosa.

—Señores! exclama.

Desde luego se vé que el orador pertenece al cuerpo legislativo; que procede en línea recta de la patria del *Cervantes* mascarado, en donde la cadencia de la entonacion oral es una especie de ópera perpétua. Con el mas ligero obligado de violin, el discurso del orador podria cantarse como cualquier partitura.

—Señores! continúa. No os sorprenda que en medio de vuestra alegría reclame por breves momentos la atencion. . . . [*oid, oid!*] Pero este gran pueblo que en realidad es una familia verdaderamente republicana, está siempre dispuesto en todos los momentos, en sus festines como en sus afixiones, á escuchar primero la voz de la patria! [*Bravos! aplausos continuados*]

Por otra parte, señores, ¿qué es la vida política, sino el reflejo de esos matices que forman vuestros fantásticos disfraces? Esos cambiantes, esa multiplicidad de caprichos que refractan la variedad de pasiones y de intereses que hacen palpitar el corazon de los pueblos?

Por eso voy á ocuparos del asunto mas grave que puede ocurrir en un largo periodo de nuestra vida (*chit, chit. oid! oid!*)

No es tampoco una gran novedad en el mundo político que los grandes acontecimientos se pronuncien en medio de esta clase de fiestas. ¿Que diferencia hallais entre la algazara descompuesta del *forum* romano, y la alegría inocente de un baile de máscaras?

Recordad que el monarca mas cumplido y mas valiente del siglo pasado, Gustavo III de Suecia, fué asesinado en un baile de máscaras, cambiando en dos segundos la suerte de las naciones del Norte.

Recordad que Marino Faliero fraguó la conjuracion que lo devoró, bajó las sombras de la máscara! que aque-

los siniestros tribunales de la república de Venecia viven meditando y gobernando en sus eternas fiestas de disfraz; y últimamente, señores, el actual emperador de los franceses, grande aficionado á los bailes de fantasia, mas de una vez ha convocado á los farsaicos saraos á los em; bajadores, á sus mariscales, á sus grandes dignatarios, para tratar los negocios mas grandes del mundo.

La civilizacion no tiene formas, señores; la democracia es la voluntad pública y nada mas (*¡bravos!*)

Invoca esa soberania para que en esta noche suprema quede realizado un hecho inmenso! (*Oid! oid!*)

Anticipemos algunas horas á la ansiedad nacional—y consagremos con la banda presidencial al ungido del pueblo!! (*¡sí! sí! bravo! bravo!*)

Felizmente se encuentran en la fiesta los miembros del Congreso. La eleccion y la proclamacion es la obra de pocos segundos. [*Que se reuna el congreso!! repiten muchas voces.*]

—Se puede tomar la votacion de la concurrencia.

—Nada de eso! exclama el pueblo en tumulto. Que se reuna el Congreso ahora mismo!!!

Un individuo exclama desde un palco:

—*Los verdaderos intereses del pueblo no se discuten: se aclaman!!*

—Bravo! bravo! Eso es! Que se aclame! Que se reuna el Congreso! que se nos dé Presidente!!

La multitud remolinea buscando las caras de perro, las caras de mono, las caras de camaleon, de camellos; los arrastran con suave violencia: otros de los *conscripti* se escurren con precipitacion á la convocatoria; y en pocos momentos está reunido el cuerpo soberano del Estado.

El pueblo está loco, frenético de júbilo con aquel espectáculo tan supremo como inesperado.

Uno de los *conscripti* se avanza.

—Señores Senadores y Diputados—Obedezcamos á la voz soberana del pueblo; respondamos á la mision que nos cabe, la mas augusta con que se pudiera hourarnos. . . .

¡Qué mejor santuario que donde está el pueblo reunido y contento! Qué pensamiento mas gigante que el que

surje de la inspiracion ! Asi responden las asambleas á la voz estridente de la opinion republicana. (*Bravo! bravo! bravo!*)

Decididos como estamos, propongo que se tome la votacion de nuestras honorabilidades.

Un conscripto con cabeza de búfalo y rouca voz—dice :

—Pero creo que no estamos aqui todos. Faltan diputaciones que no han ingresado, y algunos pueblos podrian reclamar.....

(*Abajo el traidor ! Que salga ! Que salga !*)

—Esos que faltan están puestos fuera de la ley *por acción popular!* Los que faltan es porque no han querido asistir; peor para ellos: los que no están admitidos es por que no deben serlo. *Negocio concluido!*

(*Eso es! La dignidad del pueblo! Vivan los principios!*)

En consecuencia se procedió á recojer la votacion.

Un diputado con máscara que representaba un *Ramboutillet* fué recorriendo la línea con un lapiz y un papel.

—Por los mismos.

—Por los mismos.

—Por los mismos.

El acto quedó concluido.

Se verificó la suma: y el héroe predestinado, el argonauta del *Anagnosia*, la víctima del rapto, fué proclamado.....

Un torrente inmenso de aplausos, de vivas, de gritos entusiastas se descargó sobre los certeros conscriptos; y el nombre del héroe fué laureado con suntuosas demostraciones.....

El objeto inapreciable de esta demostracion y de esta honra, habíase puesto en descanso en un palco bajo inmediato al proscenio; y asi que oyó pronunciar su nombre, procuró contener las palpitaciones de su corazon, y aliviarse de la funda negra con que lo habrá reconocido hace rato el lector.

Desenvainando ya, su aspecto es muy diferente, y sus atavios antediluvianos tienen el mérito mas preclaro de la historia de la democracia.

Viste un pantalon de paño negro y un chaleco de piqué

blanco, algo desmantelado; y está, por decirlo con propiedad, sumergido en una casaca militar de una forma evocada. Sí, evocada, porque esa casaca la llevaba Washington en el sitio de Yorktown, junto con un elevadísimo sombrero apuntado forrado de hule, que también sirvió al héroe de la independencia norteamericana; y que el *Sarmita* logró obtener de la nodriza del eminente *yankee* mediante la suma de algunos buenos pesos.

El cuello de la casaca, adornado con estrellas blancas sobre fondo oscuro, amenaza tragarle la cabeza, y las puntas prominentes aparecen á la altura de las sienas: el talle, corto en extremo, parece que lo tubiera suspendido, y las faldas largas y angostas le golpean compasadamente las pantorrillas.

Dos enormes charreteras ornamentan los hombros del afortunado Presidente; y el consabido é histórico sombrero de hule, especie de cono al gusto militar de la época, cubre su cabeza, mientras que la mano izquierda descansa sobre una espada de taza, que debió servir al Cid, y que va á lucir en breve al frente de las grandes alianzas.

El pueblo, incontenible ya, pide á gritos la presencia del predestinado que vá trabajosamente trepando por la balaustrada para dirigirse al proscenio.

Imposible es describir estas oleadas del entusiasmo á la presencia del *Sarmita*. Solo podemos compararla á la mística preocupacion de *la muerte*, que esta vez no dá señales de vida, y de su angustiado confidente, que se ha petrificado como una especie de monólito al lado de una pirámide de Egipto.

El Presidente quiere hablar. . . . El pueblo ahoga su voz . . . y los aplausos no se interrumpen.

Algunas voces sobresalen con el grito de—

—El baston! El baston! La banda de Presidente!

El *Sarmita* se mira: en efecto, le falta la banda.

Lo habrán olvidado todo! Quien está para pensar en nada!

Una mano preciosa y amiga salva aquel trance y llena

el vacío: la inteligente *Missis Bravo* arranca de entre los adornos una bandera, la enrolla y la cruza sobre el noble pecho de su ídolo.

Pero el pueblo no está satisfecho; y prosiguen las voces multiplicadas—*el baston! El baston!*

Todos miran en torno: nadie lo tiene.

El ex-Presidente está á pocos pasos, con su disfráz ya de todos conocido.

Le interrogan— ¿El baston, señor?

—No lo tengo, responde con voz cavernosa.

—No importa, dice uno de los *bull dogs*, el baston es una fórmula; y le arrebató á la muerte su guadaña, que el *Sarmita* no puede rehusar en aquel trance.

La toma; y para correjir *quid pro quos*, se apresura á decir:

—Señores: este símbolo siniestro se convertirá en mis manos en la hoz que recoja la cosecha intelectual del pueblo!

Un frenético *hurra!!* le responde.

Las pastoras arrancan las guirnaldas que adornan los palcos, y las arrojan al proscenio. Otras, como ninfas de un cuadro olímpico, se lanzan ellas mismas con sus guirnaldas y envuelven en flores al ídolo del pueblo. La concurrencia estimulada prosigue: todo el mundo se cree autorizado á trepar al escenario, al capitolio de aquel precario triunfador.

Lo estrechan; lo proclaman, lo vivan y hasta lo abrazan. Ya no hay diques á la expansion popular; y la multitud se apodera de él y lo lleva en brazos, gritando:

—Campo! campo! . . . á la casa de gobierno. . . .! Al palacio! . . . al palacio. . . .!!

Toda aquella colosal comparsa se precipita á la calle. La música le sigue. Los ¡vivas! no se interrumpen; y las iglesias vecinas advertidas del gran acontecimiento se levantan á vuelo sus campanas.

Es una ovacion entre truenos. . . .

El tañido de las campanas penetra en el tranquilo hogar entregado al sueño. La idea universal es que *llaman á fuego!*

Las gentes se precipitan medio desnudas, y asoman espantados rostros á las ventanas.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa? ¿Donde es el fuego?

—Es el fuego sacro del entusiasmo, les responden los pasantes.

Es que la crisis está salvada—los temores conjurados. Ya tenemos de Presidente al candidato de la Nación!

—Viva! Viva el Presidente! Y esta proclamacion de las gentes medio desnudas, se une al vocerío que se aleja con la procesion hácia la casa de gobierno. . . .

Solo se han sustraído á aquel vértigo de júbilo estruendoso muy contadas personas, que se alejan también manteniendo su disfraz ó envueltas en sus capas.

Un personaje que ha guardado su incógnito durante toda la noche, dejó de los últimos el teatro de aquellos inolvidables acontecimientos y siguió á cierta distancia la procesion.

Iba acompañado con dos personas, entre las que reconocimos á uno de los caballeros de la aventura de la *Cabeza del Tigre*.

Los tres se detuvieron á la esquina de la gran plaza. Unos instantes despues, y cuando la grita se iba debilitando, el mas caracterizado de estos tres personajes echó una mirada; y como obedeciendo á su pensamiento, exclamó:

—Negocio concluido. . . .

Los compañeros guardaron silencio; y los tres continuaron hácia la ribera. Tomaron una embarcacion; entraron en ella; y el caballero mas notable se mantuvo de pie algunos momentos, contemplando con indefinible mirada á la ciudad envuelta entre las brumas de la primera aurora, mientras el bote se alejaba rápidamente.

¿Era una mirada de impotencia?

¿Era una mirada de compasion?

¿Era una mirada de desafío en el porvenir?

Misterios son estos que solo puede descifrar el alma apasionada, ó la pitonisa infalible del tiempo.

Por otra calle, y adhiriéndose al amparo de las paredes, se desliza *la muerte* desarmada, y la sigue su acompañante

inseparable; y sin hablar palabra, pero lanzando sordos suspiros, dejó escaparenvuelta en ellos esta sentida exclamacion:

—Pobre país. . . .!

Así llegaron en breve á la casa habitacion del exonerado personaje.

—No entráis, amigo mio? le dijo á su compañero.

—No! Voy á sacarme estos mamarrachos diplomáticos. . . .

—Guárdalos! guárdalos bien, porque no tardareis mucho en usarlos.

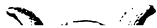
Comienza á amanecer.

Aun se oye el eco de la orquesta, el ruido de los aplausos, el estruendo de los cohetes, el repique de las campanas.

La mimada *Emperatriz* vá á despertar despues de una noche de placeres, entre los brazos de otro Mecenas; y los heraldos de la cortejada señora, van á anunciar á los pueblos entristecidos que tienen ya un nuevo amo.

¿Será largo este reinado que se levanta entre los tumultos del festin?

Dificil es afirmarlo, pero es dado presumirlo. Las jerarquias que tienen por cuna la *aclamacion* suelen durar un dia: tienen en sus entrañas el germen de muerte; y su cortaagonia es una lucha entre los vértigos de la impotencia.



ERRORS.

			DICE	LEASE
Pág.	29	línea	16	amdajes.....ambajes.
"	30	"	11	convinacion.....combinacion.
"	31	"	2	peligo.....peligro.
"	32	"	1	insistiras.....insistiriais.
"	33	"	23	uu.....un
"	36	"	6	venian.....venia.
"	40	"	33	Jupiter.....Júpiter.
"	40	"	27	manto.....manta.
"	45	"	14	castumbres.....costumbres.
"	46	"	28	paletú.....paletó.
"	48	"	18	union.....Union.
"	55	"	32	fábricas.....fabricas.
"	59	"	17	fervientes.....febricientes.
"	73	"	5	Pompella.....Pompeya.
"	"	"	19	proveo.....preveo.
"	80	"	15	zing.....zig.
"	82	"	35	sedujo.....redujo.
"	89	"	10	al.....á
"	104	"	34	Terpsicone.....Terpsicore.
"	106	"	2	explosion el.....explosiones.
